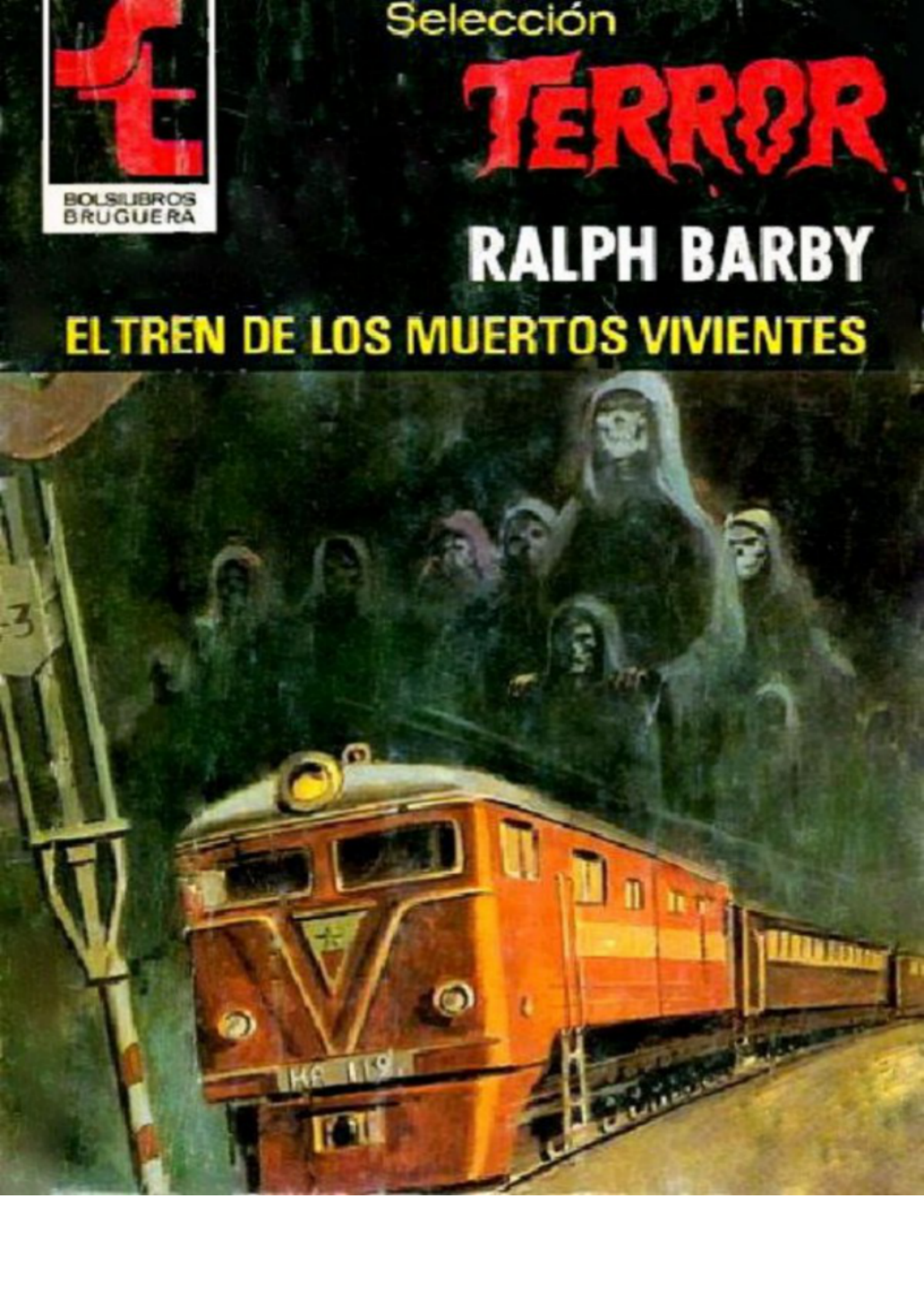
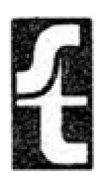

Selección
TERROR
BOLSILIBROS
BRUGUERA
RALPH BARBY
EL TREN DE LOS MUERTOS VIVIENTES

EL TREN DE LOS MUERTOS VIVIENTES

RALPH BARBY



Colección
SELECCION TERROR n.° 419
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS— MEXICO



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

414 — Crepúsculo rojo, *Ralph Barby*.
415 —El anticuario. *Adam Surray*.
416 — Araña humana, *Curtis Garland.*
417 — El bosque siniestro. *Clark Carrados.*
418 — El regreso de los pájaros, *Lou Carrigan.*

ISBN 84 02 02506-4
Depósito legal: B. 826-1981
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: marzo. 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650)
Barcelona – 1981

Saludos al «drogata» anónimo al que l*e gustan mis novelas de Terror y que me escribió desde uno de sus «viajes».*

EL AUTOR

CAPÍTULO PRIMERO

—Este tiempo no me gasta nada.

Conectó el limpiaparabrisas para las gotas que perlaban el cristal y el zum-zum resultó monótono casi de inmediato.

El furgón de color oscuro avanzaba roncando por la estrecha carretera. Era de día aún, pero anochecía rápidamente el cielo cubierto de nubes ayudaba a ello.

—No me gusta este encargo —gruñó el compañero del conductor.

—Hay que hacerlo, ¿no?

—Sí, pero no me gusta. Hay que llevar los papeles por si nos para la policía.

—Naturalmente que si, está todo en regla. ¿Qué más da llevar muertos que melones?

El chófer se encogió de hombros mientras su compañero bebía un trago de vino directamente del gollete de la botella.

—Ya sabes, a la gente le gusta que la entierren en su pueblo.

—Bueno, como después de todo el trabajo está bien pagado.

—Eso es. Mientras paguen, ¿qué más da llevar muertos que melones? —repitió.

Había rodado mucho ya por la oscura y estrecha carretera.

—Kilómetro doscientos treinta y siete, hectómetro cuatro. Estamos llegando, aminora la marcha.

—Mira, es ese caserón tan oscuro —señaló el chófer.

—Sí, y parece muy solitario.

El furgón se introdujo en un camino de tierra. Cruzó una verja abierta y se enfrentó con el caserón. Para llamar la atención, tocó el claxon.

—Parece que no hay nadie.

—Pues los papeles especifican bien claro que es aquí. Anda, baja y llama.

El ayudante se apeó. Miró en derredor y corrió hacia la puerta protegida por una marquesina de maderas ya ajadas de la que caían aún más gotas de lluvia.

—Eh, aquí hay un sobre...

—¿Un sobre?

—Sí y dice «Para los transportistas».

—Ábrelo.

Guareciéndose de la lluvia lo más que podía, abrió el sobre y

leyó la nota en voz alta.

«La mercancía está en el garaje».

—¿Está firmada?

—No.

—Por todos los cuernos del infierno... Te hacen un encargo fúnebre y luego no hay nadie.

—Y nosotros que pensábamos que habría una comitiva con cirios y cruces...

—Será por la lluvia. ¿Cuál será el garaje?

—Me parece que está a la derecha.

—Allá voy, pues.

Maniobró con el furgón, descubrió el garaje y haciendo marcha atrás encaró el vehículo con la doble puerta de madera.

—No te preocupes, está abierta pero apenas se ve.

Las puertas gruñeron.

Dentro, en el suelo, estaban los cuatro ataúdes de madera oscura. Sobre cada uno de ellos había una hoja.

—Está todo listo.

Detuvo el furgón, abrió las portezuelas posteriores y se reunió con su compañero.

—¿Qué, está todo bien?

—Las hojas de entrega están debidamente firmadas. Qué cara tiene el tío, ni se asegura personalmente de que cogemos los cadáveres.

—Apenas se puede leer. —Sacó un mechero y trató de encenderlo, pero no funcionó bien. El chófer cogió las cuatro hojas y dijo—: Por mi está bien, si está firmado.

—¿Y no miramos lo que hay dentro?

—¿Quieres ver la cara de los fiambres? Te advierto que yo, paso.

—No es que sea morboso, pero ¿no te parece que hay que asegurarse de que nos llevarnos los cadáveres y no unos ataúdes llenos de piedras?

—Veamos.

No pudieron abrir los ataúdes. Poseían cerradura y no una cerradura vulgar sino que era tan antigua como sólida.

—No hay forma, las llaves no están. De todos modos, si el propietario de estos muertos tiene las llaves, él es el responsable.

—Carguemos.

Tomaron el primero de los ataúdes y no tardaron en comprobar lo pesado que era.

—Debían haber venido dos más, parecen de plomo —gruñó el chófer.

—Probemos a subirlo de punta primero. Lo apoyamos contra la plataforma del furgón y luego subimos del otro lado, los dos al mismo

tiempo.

—Me parece bien.

Tomaron el ataúd por una punta, tal como habían pensado. Lo subieron a la plataforma y lo dejaron inclinado. Después, pasaron al otro extremo que correspondía a los pies del féretro y lo elevaron, empujándolo para introducirlo en el vehículo.

—Cómo pesan los muertos.

El chófer rezongó:

—A veces, lo que pesa mucho es el ataúd. Las cajas caras pesan, ya lo creo que sí.

Repitieron la operación. Introdujeron dos ataúdes en el furgón y luego los otros dos encima, no sin esfuerzo.

—Uf, podía haber habido alguien aquí para ayudarnos —se lamentó por enésima vez.

—Es que se hace tarde. Hemos de llegar a la estación antes de que el tren parta.

Cerraron el furgón y se alejaron de aquel lugar. Lloviznaba menos, apenas unas finas gotas. El chófer hundía el pie en el acelerador.

—Qué carretera más solitaria, no pasan coches —rezongó el ayudante.

Recorrieron los casi veinticinco kilómetros que les separaban de la ciudad con rapidez. El furgón se introdujo por las calles y avenidas buscando la estación del ferrocarril.

Se colocó en el área de carga y un tren de vagonetas eléctricas para transporte de mercancías por los andenes, se les acercó.

—¿Hay que cargar? —preguntó el mozo de la vagoneta.

—Sí, es para el tren doscientos veintiuno.

—Pues, daos prisa, antes de diez minutos tiene su salida.

—Sí, eso es. Anda, échanos una mano.

—¿Yo? No, yo sólo llevo este cacharro.

—Anda, toma estos billetes, eso te hará cambiar de opinión.

—Bueno, si es así. ¿Qué traéis, sacos de piedras?

Abrieron el furgón y el mozo de la estación silbó al ver los ataúdes.

—¿Van llenos?

—Sí, claro.

—A nosotros tampoco nos gustan, pero hay que meterlos en el tren.

Colocaron un ataúd en cada una de las vagonetas.

—No olvides los papeles, te los van a pedir.

—Sí, no te preocupes —le dijo el compañero.

—Subid al remolque de cola, as llevo.

Tocando la bocina, se introdujo en la estación pasando por

delante de varias vías. Había movimiento de trenes y bullicio de viajeros en la oscura y vieja estación de ferrocarril, una estación de techos altos, vigas oscuras una estación vieja que producía inquietud y tristeza, especialmente en los días de otoño e invierno, máxime si eran lluviosos.

El transportador de andenes se detuvo frente al furgón de carga. Allí, un empleado miró los ataúdes con recelo.

—¿Tenemos que cargar eso?

—Sí, aquí están los papeles —asintió el chófer.

No deseaba que se produjera el desagradable hecho de que los ferroviarios se negaran a llevarse los féretros y tuviera que volver a meterlos en su vehículo que aguardaba fuera de la estación.

El empleado del tren miró los papeles y objetó:

—Tiene que sellarlos la policía, son cadáveres.

—No me jodas. Anda, los metemos dentro y tú te encargas de eso.

El ayudante del transportista se apresuró a mover el primero de los ataúdes.

—Bueno, está bien, subidlos, ahora voy a buscar a la policía.

El empleado del ferrocarril fue en busca del jefe de tren primero, quien le indicó lo que debía hacer. Se alejó luego hacia la comisaría de la propia estación ferroviaria, tenían que seguirse todas las diligencias.

Los féretros fueron subidos al tren mientras regresaba el empleado ferroviario junto con un inspector de policía que dio un vistazo a los ataúdes y preguntó:

—¿Y las llaves?

—No nos las han dado, las tiene el dueño de eso —contestó el transportista.

—Ponedles unos alambres y preparad el sello de plomo —exigió el inspector, sosteniendo los documentos en su mano.

El jefe de tren se reunió con ellos.

—Van a dar la salida —advirtió.

—Un minuto, que los sellen —dijo el inspector.

Rodearon los cuatro féretros con alambres y colocaron los precintos, de plomo. El propio inspector de policía los cerró, hizo algunas anotaciones en las hojas y dijo:

—Listos, ya puede marchar.

El jefe de estación se les había acercado con la banderita.

—¿Qué pasa?

—Faltaban unas formalidades —contestó el policía.

—Ya podemos irnos —dijo a su compañero el jefe de tren.

Se escuchó el silbato del jefe de estación. Los altavoces vocearon la salida y la máquina de gasoil soltó un gran silbato, el tren comentó

a moverse.

—Ya está. Uf, menos mal —suspiró el chófer— de la furgoneta.

—Vuestras documentaciones —exigió el policía.

Resignados, las mostraron. El agente tomó nota y luego les dijo:

—Puro formulismo, asunto liquidado.

—¿Qué te parece si nos tomamos un trago? —preguntó el chófer a su ayudante.

—La verdad, me hace falta. No ha sucedido nada, todo ha sido rápido, pero no me ha gustado.

—¡Cuidado! —gritó el mozo que llevaba las vagonetas de mercancías por entre los andenes.

El ayudante del chófer saltó de lado para evitar ser atropellado y cayó a la vía, justo cuando un tren llegaba hacia los topes, muy lentamente.

—¡Nooooooo!

El transportista quedó con la boca abierta viendo como las ruedas del tren atrapaban a su ayudante y lo troceaban brutalmente justo cuando el tren se detenía.

La lentitud en el atropello provocó que la víctima gritara de forma espeluznante.

El transportista tuvo una reacción de pánico y miró hacia el tren que llevaba los ataúdes. Su farolillo de cola apenas podía verse.

La gente que estaba en los andenes se acercó rápidamente para ver lo ocurrido mientras acudían empleados de la estación.

Se filtró entre los curiosos, alejándose. Tenía miedo, mucho miedo. No pensó en que debía colaborar con la policía.

Corrió hacia la salida, subió a la furgoneta y la puso en marcha. Se alejó rápidamente mirando hacia el espejo retrovisor, como temiendo que algo o alguien le persiguiera.

Huía, sí, huía aterrorizado. Estaba seguro de que la brutal y súbita muerte de su ayudante tenía que ver con los cuatro ataúdes dejados en el tren.

Un claxonazo que brotó de las entrañas de un gran camión que se dirigía también a los andenes, le volvió a la realidad. Los faros llenaron de luz difusa el cristal parabrisas que había quedado lleno de agua de lluvia que no dejaba ver, pues no había llegado a poner en marcha el limpiaparabrisas.

Pisó el freno, pero ya era tarde.

El furgón colisionó frontalmente contra el camión. Su cuerpo saltó proyectado hacia delante y los cristales saltaron como una extraña lluvia iridiscente.

Con los ojos llenos de luz, pasó a la oscuridad más absoluta mientras el tren se alejaba de la ciudad, aumentando su velocidad.

Los cuatro ataúdes permanecían en el furgón de carga con los

alambres sellados para que nadie los abriera.

Varios pasajeros habían visto la macabra carga que viajaba con ellos y cuchichearon entre sí con cierta inquietud, sin saber que los transportistas del furgón habían muerto ya.

CAPÍTULO II

Las tres muchachas cuchichearon y luego dejaron escapar unas risitas mientras el tren avanzaba taladrando la noche, apenas sin ver luces en el camino.

De vez en cuando, pasaban junto a una carretera y veían uno o varios vehículos circulando.

Los faros eran como gigantescas luciérnagas que se deslizaban veloces en busca de algo, de alguien, de ciudades.

Trac-ta, trac-tac, trac-tac...

El monótono y rápido ruido, debido a la velocidad que llevaba el expreso nocturno, apenas se oía ya por los viajeros, salvo aquellos que tenían jaqueca.

El viaje, las maletas, las despedidas, todo provocaba tensiones, tensiones que ahora se disparaban y no dejaban dormir; sin embargo, había viajeros que hacía ya mucho que dormían profundamente, unos en sus asientos, otros en sus literas.

Roig, un hombre joven, de barba recortada, mirada vivaz pero romántica al mismo tiempo, vistiendo unos ajustados pantalones y un jersey con cuello de tortuga por encima del cual salían el cuello de la camisa de color claro, al igual que las chicas estaba sentado en el vagón bar que era snack y cafetería; no se parecía en nada a los antiguos y recargados vagones restaurante que décadas atrás cruzaban toda Europa y a los cuales sólo tenían acceso los viajeros más pudientes.

En aquel vagón se podía tomar una cena servida en bandeja de plástico en la que estaba todo incluido o simplemente un sandwich con cerveza y un café si apetecía.

No estaba lleno, hacía rato que muchos viajeros habían ido desapareciendo en busca de sus literas o asientos, quedaban allí sólo los que no parecían tener prisa por dormir.

Se podía fumar, hablar o tocar la guitarra como hacía Roig en aquel momento, sin molestar a nadie.

Frente a Roig y sobre la mesa, Xemil, otro joven algo más bajo, grueso y paradójicamente muy vivaz, golpeaba la mesa con los dedos, a veces con uno, otras con dos y otras con tres. Lo hacía rítmicamente, como si estuviera a cargo de una batería musical, una batería que en aquellos momentos sólo existía en su imaginación, pero los sonidos que arrancaba de la mesa de vitroplástico eran acordes, aunque la parte realmente musical la llevaba Roig con su guitarra.

Tocó varías canciones. Hizo una especie de popurrí folk y se encontró con la sorpresa final de que las tres jóvenes sentadas a la última de las pequeñas mesas aplaudían de forma espontánea.

Roig las miró, sonrió e inclinó la cabeza, agradeciendo los aplausos.

—Hum, ¿ya estás ligando? —rezongó Xemil, mirándolas.

—Son tres.

—Y nosotros, dos.

—Pues hay para los dos.

—Bueno, ya veremos. Anda, ¿qué les tocamos ahora?

—Lo que ellas quieran.

—Pues, yo ya me lo imagino.

—Contén tu impúdica mente, Xemil.

—¡Me rebelo contra la censura mental! —protestó el joven, burlón.

—No tienen respeto a nada —protestó una mujer de cabellos blancos que viajaba acompañada de otra mujer más joven pero igualmente amargada, muy pálida, de tez gruesa y los ojos tan redondos que semejaban hechos con un compás. Podían ser madre e hija.

—¿Qué le pasa? —inquirió Xemil mientras Roig hacía unos tanteos de rasgueo y se encogía de hombros.

—¿Es que no saben que en el tren llevamos cuatro cadáveres? —inquirió la mujer de cabellas blancos, alzando el mentón.

—¿Y qué pasa, señora, teme que se despierten? —rezongó Roig.

—¡Eso es una grosería!

—Si tuvieran que despenarse, ya lo estarían —añadió Xemil—. Trac-tac. trac-tac, trac-tac —dijo imitando al tren.

—Ofenden a los muertos con su actitud. No tienen respeto para con nadie, son una juventud perdida.

Un viajero solitario, con gafas y calvicie casi total, pues sólo tenía cabellos grises en la nuca, caídos como si fueran una pequeña cortina que le protegía la cerviz, se sonó ruidosamente.

Después miró en derredor. Se había producido un gran silencio, sólo turbado por el traqueteo del tren que avanzaba en la noche entre montañas y valles.

El camarero apoyaba su rostro en una de sus manos, acodado en el pequeño mostrador de servicio. Debía tener deseos de cerrar y lo haría en cuanto se marchara el último cliente, sin esperar a que fueran las doce de la noche.

—Vamos, hija, esa juventud está podrida.

—Sí, mamá.

Se las quedaron mirando mientras ambas se alejaban. El hombre que se había sonado puso una sonrisa de disculpa bajo sus gafas y se

marchó apoyado en un bastón, pues cojeaba ostensiblemente de la pierna derecha.

—Sigue con folk —se atrevió a pedir una de las muchachas.

Roig, sin decir nada, rasgueó de nuevo su guitarra y cantó sin elevar la voz. Poseía un timbre muy varonil, una voz que llegaba muy bien a la sensibilidad femenina.

No se parecía en nada a las voces acarameladas y asexuales o casi homosexuales de muchos cantantes de moda con aparente complejo de Edipo.

De nuevo, al terminar recibió aplausos.

—Eh, ¿cómo os llamáis?

A la pregunta de Xemil, la más rubia de las tres respondió:

—Mi nombre es Tani.

Su compañera, de cabellos castaños cortos y rizados, dijo a su vez:

—Pulky.

—Yo, Ninova —completó la morena, de ojos grandes y oscuros.

—Me llamo Xemil y este que me acompaña, Roig.

—Hombre, gracias por dejar que te acompañe.

—Vamos a cerrar —dijo el camarero.

—¿Vais lejos? —preguntó Xemil a las jóvenes.

—Sí, a la capital.

—Nosotras también, vamos a hacer una prueba.

—¿De canciones?

—Sí, grabaremos algo. ¿No es cierto. Roig?

—Bueno, eso parece; de todos modos, también regresaba a la capital para comenzar el semestre universitario.

—¿Qué estudias? —quiso saber Tani.

—¿Me preguntas a mi? —respondió Xemil, puesto en pie.

Bueno, tú también —dijo Tani, dando a entender que no le había preguntado a él.

Antes de dar por terminado su improvisado concierto, Roig tocó un par de canciones más. Salieron juntos del vagón *snack* y las muchachas, tras despedirse, se dirigieron a sus respectivas literas.

—¿Qué te parecen, Roig? —preguntó Xemil.

—Muy bien.

—Guapas, ¿eh?

—Sí, muy guapas, pero tienen que dormir.

—Siempre se cuentan muchas historias de los viajes en ferrocarril.

—¿Como la de meterse dos en una litera?

—La verdad es que ha de resultar incómodo, pero cuando hay fiebre…

—Sí, cuando hay fiebre, cualquier agujero sirve.

—Hombre, cualquiera, cualquiera...

—Anda, vamos a dormir.

—¿Qué te parece si hacemos de gatos esta noche?

—No armes un escándalo, hay otras personas que quieren dormir.

—¿Tú crees que las chicas...? Ya me entiendes.

—Yo creo que tienes una imaginación calenturienta, Xemil. Eso le ocurre a tipos como tú, que os cuesta mucho comeros un rosco y luego veis roscos por todas partes.

—Y apetecibles. Si no nos hubieran echado del vagón-cafetería.

—A dormir.

Tuvieron tiempo de ver cómo se movían las cortinillas de las literas y escucharon risitas.

Roig pensó que sería fácil, muy fácil, fijarse en alguna de ellas, esperar en silencio, media hora, y luego trepar con suavidad felina, filtrarse por debajo de una de las cortinillas y esperar a ver cuál era la reacción de la chica.

¿Gritaría, se quedaría callada, participaría...? Siempre era una incógnita, un riesgo, y pensó que valía la pena correrlo siempre y cuando la chica le atrajera. La verdad es que las tres viajeras eran guapas, cada una en su estilo.

Se metió en la litera, acomodó la guitarra junto a él e intentó dormir: no le pareció nada fácil conciliar el sueño.

Trac-tac, trac-tac, trac-tac, trac-tac...

El convoy se detuvo. ¿Sería una estación? ¿Cuál? ¿Qué importaba?

Cuatro ataúdes llenos llevaba el furgón de mercancías. Era como si el tren, justo antes de partir, se hubiera convertido en un tren macabro.

Roig se durmió.

El convoy continuaba detenido, la noche semejaba más oscura que nunca. Las estrellas, como bombillas viejas, parecían haberse fundido y alguien debía haber cubierto la luna con un paño negro.

El viento se calmó, no había aves nocturnas, no había rumores, no había nada. Por no haber, no sonaba siquiera el trac-tac, trac-tac, trac-tac...

CAPÍTULO III

El tren no se movía.

Hacía ya un rato que Roig estaba despierto. Miró la esfera de su reloj de números líquidos.

—Las siete menos diez. En este tiempo, es de noche aún.

Supuso que la gente no tenía ningún interés en salir de sus literas; hacía frío, un frío ilógico.

—¿Se habrá estropeado la calefacción? —se preguntó Roig.

Se había cubierto con la manta c imaginó que los demás harían lo mismo para conservar el máximo de calor en su cuerpo en aquella gélida amanecida.

Bajó el cristal de la ventanilla que tenía a su nivel. La oscuridad helada le abofeteó el rostro hasta hacérselo enrojecer. No veía nada, no había luz alguna, ni luna ni luces de posición, nada.

Afuera, la oscuridad era tal como si se hubiera vendado los ojos con una bufanda de lana negra, enroscándosela varias veces en torno al rostro.

—Qué raro —se dijo—. Da la impresión de que hace mucho que está parado.

Le costó un gran esfuerzo liberarse de la manta que retenía el calor de su cuerpo. Lamentó no tener una linterna, separó las cortinas y tampoco vio nada. No había luces piloto que iluminaran el tren.

Pese a la carencia de luz, Roig se bajó de la litera, pues dormía en la tercera, la más alta, y anduvo entre la doble hilera de literas.

Se oían respiraciones profundas y hasta un ronquido; la gente parecía dormir con tranquilidad. Salió a la plataforma y abrió la puerta que daba al exterior.

Una brisa helada le envolvió rápidamente. No veía nada. Todo estaba silencioso, un silencio que, de pronto, quedó roto por un aullido lejano. Podía tratarse de un perro lobo, quizá de un lobo solitario.

Escuchó un ruido tras él y se volvió, no se veía nada. Echó mano al encendedor y a la luz del mismo, descubrió el rostro de la joven de cabellos rubios que dijera llamarse Tani.

—Hola.

—Me ha parecido que alguien salía. Está todo muy silencioso, ¿no?

—Sí, eso pienso yo,

—¿Por qué el tren no va?

—No sé, habría que preguntárselo al jefe de tren.

—¿Y dónde está?

—Tú eres Tani, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Tani, me haces preguntas como si yo supiera algo y, la verdad es que sé lo mismo que tú. Hace poco que me he despertado, todavía es de noche, aunque pronto saldrá el sol. No se ve nada, el tren no funciona y no hay luces.

—¿Y si miráramos en otros vagones?

—¿Te atreves a venir conmigo?

—¿Por qué no?

Roig apagó el encendedor.

—No sé. Después de todo, no me conoces, estamos en un lugar solitario y no se ve nada.

—Es para que cojas miedo, ¿no? —preguntó ella, con un ligero tono de burla.

—¿Miedo, yo?

—Sí, estás con una chica desconocida, en un lugar solitario y sin luz. ¿No temes que yo sea una vampira?

—Vamos, vamos, que los vampiros ya no dan miedo ni a los parvulitos.

—Eso es cierto. ¿Vamos a explorar?

—Lo haremos por dentro que hace menos frío.

—De acuerdo.

Roig abrió la puerta que intercomunicaba los vagones, sin necesidad de salir al exterior. Por entre la lona fuelle pasaron al vagón siguiente.

Esto parece el vagón cafetería, ¿no es así?

—Si —respondió Roig, tanteando—, es el vagón bar. —Y encendió el mechero de nuevo para comprobarlo.

—Sí, si lo es, no hay nadie.

—Sigamos. Creo que este vagón no estaba aquí, había dos vagones literas más antes de llegar al nuestro, ¿no?

—Es cierto. ¿Lo habrán cambiado de lugar en alguna estación?

—A mí me parece que el tren se ha detenido esta noche en alguna parte y ha hecho varias maniobras. He pensado que era una pesadilla, pero ahora veo que es cierto. A mi los viajes en tren siempre se me hacen largos, pero el avión se ha puesto por las nubes.

Llegaron al final del vagón.

Abrieron la puerta y cuando iban a pasar a los vagones de viajeros con asientos, Roig se detuvo.

—No se puede pasar.

—¿Qué hay?

Antes de responder, el joven encendió de nuevo su mechero y

observó:

—Parece un vagón de carga, como de carbón.

—¿Carbón? Si ya no hay máquinas de carbón.

—Pues, lo parece, el caso es que no se puede pasar.

—Vamos en dirección contraria.

—Está bien, porque por aquí no se puede continuar.

Retrocedieron. Pasaron de nuevo a lo largo del vagón bar y después por el vagón de literas.

—Eh, Roig, ¿estás ahí? —preguntó una voz somnolienta.

—Sí, Xemil, estoy aquí.

—¿Qué pasa, por qué no marcha el tren?

—No sé, estamos mirando eso.

—¿Estamos, quién va contigo?

—La policía de trenes —se burló Roig.

—¿La policía?

La rubia Tani contuvo una risita.

Salieron del vagón de literas y se encontraron con otra pared que era de color amarillo.

—Esto es el furgón de carga de mercancías.

—Eso parece —admitió Tani—. Es muy corto este tren, ¿no?

—Sí, voy a apearme para verlo desde fuera.

—Sí, será lo mejor. Mira, ya empieza a clarear. Hace un frío terrible.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y la débil claridad ya les permitía ver.

Sobre un viejo y deteriorado andén de madera que crujía bajo sus pies, avanzaron hacia la destartalada estación de ferrocarril, derruida en gran parte.

Un pajarraco echó a volar al notar su presencia. Tani se asustó e inmediatamente notó la mano y el brazo fuerte de Roig que la cogía por los hombros.

—No temas, es un pajarraco, posiblemente un cuervo.

—Parece abandonada, ¿no?

—Sí, debe ser una vieja estación fuera de servicio. ¿Habremos tenido alguna avería en el tren y nos han estacionado aquí hasta que se pueda reanudar la marcha?

La luz se hacía cada vez más potente dentro de la debilidad luminosa de la amanecida en la cual aún no se veía la redondez anaranjada del sol.

—¡Diablos! —exclamó Roig.

—¿Qué pasa?

—El tren.

Tani se fijó en el convoy.

—Es muy corto, ¿verdad?

—Eso parece; hay el furgón de carga, el vagón litera, el bar, el furgón carbonero y la máquina, nada más.

—Y qué máquina, parece viejísima.

—Como que este tipo de máquinas no los he visto circular jamás, sólo están en los museos.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco.

—¡Roig!

—¡Eh, Xemil! —le contestó al ver la cabeza de su compañero asomando por la ventanilla.

—¿Qué pasa? —gritó Xemil.

—No sé, estamos detenidos en una estación abandonada. Por aquí no hay nadie.

—¿Y qué letrero tiene la estación?

Lo mismo Tani que Roig buscaron el rótulo sin hallarlo.

No hay nombre —respondió Tani, fijándose en el suelo. Algo más de un dedo de escarcha lo cubría todo. Había helado y no había sido una helada de un grado bajo cero, debía haber sido de ocho o diez grados bajo cero.

—¡Está todo abandonado! —gritó Roig a su amigo.

—¿Y el jefe del tren?

—No lo hemos visto.

Se fueron abriendo más ventanas y aparecieron más rostros en el vagón de literas.

—¡Tani!

—Hola, Ninova.

—Hace mucho frío. ¿Por qué no dan la calefacción?

—Porque mucho me temo que aquí no dan nada.

—¿Nada a qué te refieres?

—¿Qué hacemos? —preguntó de súbito Tani, mirando a Roig.

—¿Y yo que sé?

—Pues, habrá que hacer algo.

—Sí, eso pienso. Voy a ver el furgón de mercancías; quizás dentro haya algún empleado. Ahora que ya se ha hecho de día, podremos verle.

—Sí, será lo mejor.

Tani le acompañó. Otras caras somnolientas miraban por las ventanas, había un desconcierto general.

Se acercó a la puerta corredera del furgón de mercancías que en aquel corto tren se había convertido en el furgón de cola y llamó dando unos golpes.

—¿No hay nadie?

—Parece que no responden —le observó Tani con cara de circunstancias después de aguardar unos segundos.

Roig vaciló y optó por abrir la puerta con sus propias manos. Sólo obtuvo una resistencia inicial; después la puerta cedió y quedó totalmente abierta.

—No hay nadie.

—Sí, cuatro ataúdes.

Iba a dejar de mirar más cuando, de pronto, subió al furgón y se adentró en él. Tani le siguió y al descubrir lo que había en el rincón, sobre unas cajas, gritó.

—Cálmate —le pidió el joven.

—¡Está muerto!

El ferroviario encargado del furgón de mercancías se hallaba sentado sobre una caja en un ángulo del vagón con la cabeza torcida y los ojos abiertos.

Eran unos ojos vidriosos, unos ojos de cadáver que aún conseguían hacer temblar a la muchacha.

—No parece que haya habido pelea —opinó él.

—¿Le habrán asesinado?

—No, no creo. Puede haber sufrido un infarto. —Volvió su mirada hacia los cuatro ataúdes y añadió—: Quizá no ha podido resistir la compañía.

—No me gustan los muertos.

—A mí tampoco, pero todos terminaremos por pertenecer a la misma cofradía, no se escapa nadie.

—Habrá que avisar a las autoridades.

—Cuando las encontremos. Por lo visto, no hay nadie a quien avisar.

—Pero, ¿qué es lo que sucede? Yo no entiendo nada.

—Yo tampoco. No sé por qué nos hallamos detenidos en una estación en ruinas; no entiendo por qué no está la máquina de gasoil ni por qué faltan los otros vagones.

—¿Y quién podrá explicarlo?

—No lo sé, salgamos.

—¿Qué habrá dentro de los ataúdes?

—Supongo que cadáveres.

—Eso es evidente, pero…

—No creo que tenga mayor importancia, vamos.

Abandonaron el furgón de mercancías que se había convertido en el furgón de cola. Roig cerró la puerta corredera y por el derruido andén de madera fue en busca de los otros vagones.

—¿Qué es lo que sucede, joven? —preguntó, no sin cierta altivez, la mujer que la noche anterior se quejara en el vagón-bar y que viajaba acompañada de su mediatizada hija.

—No creo que pase mucho, señora. Había cuatro muertos y se han debido sentir solos porque ahora hay cinco.

—¿Qué dice? ¿Pretende hacerse el gracioso, joven?

—De gracioso, nada. Si quiere entrar en el furgón de carga, verá que el ferroviario cuidador está muerto también.

—¡Mamá!

—Dios mío, qué horror, avisen al jefe de tren.

—Pues, empiece a llamarlo a gritos, señora, y si se queda ronca porque hace frío, haga gárgaras con clara de huevo.

—¡Insolente, grosero!

Tani, pese al susto pasado poco antes, tuvo que contener la risa.

—Le has devuelto la pelota por lo de ayer.

—Sí, es muy simpática la vieja.

Xemil bajaba en aquel momento del vagón. Tras él iban Nino va y su amiga Pulky.

—¿Qué habéis conseguido?

—Nada. Estamos abandonados aquí con cinco cadáveres.

—Oye, ¿es una broma? —gruñó Xemil.

—No, no es ninguna broma —apoyó Tani—. Cuatro ataúdes y un ferroviario muerto, no sabemos cómo.

—¿Y no hay nadie por aquí?

—Por lo que yo veo, nadie, y habrá que comenzar a buscar. Esto es tan extraño que no me gusta nada. Fíjate allá en la vía, delante de la locomotora.

Todos miraron en la dirección señalado por Roig y pudieron ver que los espesos arbustos crecían entre los travesados y vías, ocultándolas en parte. Era evidente que hacía mucho tiempo que ningún tren pasaba por aquel lugar. El misterio se hacía cada vez más y más impenetrable.

CAPÍTULO IV

Los que componían el grupo de viajeros se reunieron en el vagón-bar y pudieron darse cuenta entonces de que eran menos de lo que habrían podido suponer.

—Cuatro, ocho, nueve y yo, diez, sólo somos diez —casi sentenció Roig paseando la mirada por los rostros de los presentes.

—Yo vi que subía mucha gente al tren —protestó la señora Hanshell que viajaba con su hija Hortensie.

—Sí, usted los vería subir, pero ahora no están —le objetó Roig.

Xemil quiso dejar bien clara su labor.

—He mirado las literas una por una y no hay nadie más.

—A mí, todo esto me parece una trampa —opinó un hombre alto y delgado, con una perilla recortada y abundante cabello negro y rizado. Su tez era tan pálida que, según como le daba la luz, semejaba amarillenta.

—¿Qué clase de trampa? —le preguntó Tani.

—Soy el reverendo Walker y mi acompañante es María, mi esposa. —Dio una chupada a su cigarrillo, haciendo una pausa, y prosiguió—: Esto es una trampa diabólica.

—¿Una trampa diabólica? —exclamó la señora Hanshell—. ¡Qué horror!

—Mamá, ¿qué hacemos?

—Espera, hija, no tengas miedo, todo será un mal entendido.

—Soy representante de comercio, mi nombre es Ismael —se presentó el hombre que apenas tenía cabello y que la noche anterior se sonara tan ruidosamente en el vagón-cafetería—. Creo, reverendo, que ve usted demasiada truculencia en este asunto.

—¿Demasiada truculencia? Veamos, ¿por qué el tren está detenido en esta estación abandonada y totalmente derruida que incluso no tiene ni nombre? Dígame, ¿por qué?

—No lo sé, quizá alguna avería.

—¿Y los empleados del ferrocarril?

—Se habrán ido para dar aviso.

—¿Y el tren, bueno esa locomotora tan vieja que ahora tenemos? No creo que pueda ni moverse. Es una locomotora de museo que no podrá con estos grandes vagones modernos.

A mí, las explicaciones del señor... —comenzó la señora Hanshell.

—Ismael es suficiente, representante de comercio —repitió el

hombre de la pronunciada calvicie y que llevaba unas gafas en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Pues, señor Ismael, sus explicaciones me parecen buenas. Habrá habido una avería y los ferroviarios se han ido a pie a avisar a sus superiores y nos han dejado aquí, esperando.

—No sea ingenua —le replicó ahora Roig—. Faltan vagones, la máquina no es la misma y el ferroviario del furgón de mercancías está muerto. ¿Lo ha entendido bien? ¡Muerto!

—Me cuesta creerlo.

—Pues vaya a verlo usted misma. Y de paso, levante las tapas de los ataúdes y cuéntenos en qué estado se hallan los demás cadáveres. Después de todo, también los podemos considerar compañeros ya que han sido abandonados en este lugar tan solitario lo mismo que nosotros.

—Si pretende embromarme no estoy dispuesta a seguirle el juego, joven. Sé que no puedo fiarme de usted ni de sus amigos.

—¡Mamá! —exclamó la hija.

—Señora, yo tampoco me fiaría de usted. Quién sabe, a lo mejor lleva velas rojas y negras escondidas en su maleta.

—¿Velas rojas y negras? —repitió, desconcertada.

Xemil, riéndose un poco, puntualizó:

—Son las que usan las brujas para sus maldiciones.

—No puedo ni estoy dispuesta a soportar más groserías. ¡Hortensie!

—Sí, mamá.

—Nos va más.

—Tenga cuidado —le advirtió Roig, irónico—. El vagón está solitario y al final de las literas está el furgón de los muertos.

Habían llegado a la puerta. Hortensie, que muy bien podía tener diez años más que Tani o cualquiera de sus desenvueltas compañeras, se detuvo sin llegar a abrir la puerta.

—Esperaremos a ver qué se decide.

Era evidente que el enfrentamiento con la soledad del vagón y estando tan próximos los muertos, no le hacía ninguna gracia

—Podría tratarse de una broma pesada, ¿no? —preguntó Tani.

—¿Una broma pesada? —repitió el reverendo Walker—. ¿Por qué y para qué? No, no, esto es obra de Satán, no me cabe ninguna duda. La mano del diablo está en todo esto y hemos de ser fuertes, hemos de permanecer unidos y le venceremos.

—¿Cómo, recitando salmos? —preguntó Ninova, un tanto burlona.

María, la esposa del reverendo, miró a la muchacha con recelo.

Era mucho más joven que su marido y también hermosa pese a la severidad con que vestía.

—Yo no veo ninguna broma en todo esto —opinó Roig—. Veo algo extraño que tarde o temprano averiguaremos; sin embargo, hay algo que sí es cierto y de lo cual es mejor olvidarnos.

—¿Qué es? —preguntó Tani.

—Hay cadáveres y un ferroviario muerto, está con los ojos abiertos. No soy médico, pero opino que ha muerto de un ataque al corazón y un ataque que posiblemente tenga una causa justificada.

—¿Quiere decir que algo que le ha dado miedo le ha parado el corazón? —preguntó Ismael, el viajante de comercio.

—¿Parado? Quizá reventado.

—Eso sí podría admitirlo.

Aquel hombre tenía una forma de hablar que semejaba dogmatizarlo lado, sin admitir otras opiniones. Estaba acostumbrado a lanzar a los demás todo lo que pasaba de su mente a su boca, sin esperar réplica alguna. Según su concepto, el prójimo debía limitarse a escuchar y a asentir.

—No sabemos realmente de qué se trata todo esto, pero no me cabe duda de que es una trampa.

—Ya lo he dicho yo —gruñó el reverendo, tratando de colocarse por delante de Roig para atraer todas las miradas sobre sí.

—Deberíamos explorar los alrededores. Si aquí existe una estación, es que hubo un pueblo, podemos buscarlo. También se puede caminar por la vía para saber adónde conduce.

—¿Y si mientras unos están alejados llega otro tren o la locomotora de gasoil? —preguntó la señora Hanshell.

—Aquí no se marchará nadie hasta que, regresen los que previamente se hayan ido a explorar.

—Con esta condición, me presto a caminar un poco —aceptó el viajante de comercio—, aunque no creo que pueda andar mucho, ya tengo mis años y afuera hace frío. Parecía que iba a salir el sol pero, ya lo han viste, el ciclo se ha ido poniendo gris, gris, no me extrañaría que al anochecer nevara.

—Supongo que antes de la noche habrá venido alguien a rescatarnos —dijo la señora Hanshell, como sintiéndose ofendida.

—Esperemos que sí, pero yo ya lo estoy poniendo en duda. Si no salimos de aquí por nuestros propios medios, creo que no escaparemos vivos. Puede que haya algún loco por ahí tratando de gastarnos bromas sangrientas.

—¿Por qué has dicho eso? —preguntó Tani, estremeciéndose.

—Para que nadie se confíe. Hay que salir como mínimo en parejas, será mejor que nadie se quede solo en ningún momento. Satán o lo que sea no tiene mucho sentido del humor.

El reverendo Walker se enfrentó a Roig con el ceño fruncido, presto a reconvenirle.

—Joven, usted habla de Satán como si no creyera en su existencia.

—Eso es, no creo. ¿Le molesta?

—Como ministro del Señor, me molesta, claro que me molesta que haya gentes que aún no crean en los designios del Señor.

—Por favor, cierre la boca, esto no es su iglesia, estamos en un tren.

—¡Váyase al diablo!

—¿Cómo se atreve?

El reverendo Walker acababa de coger a Roig por el brazo, crispando sus dedos sobre él.

—Quíteme la mano de encima, no se lo voy a decir dos veces.

—Por favor, esposo mío —casi suplicó su mujer.

El clérigo apartó su mano de él; sin embargo, en sus ojos brillaba la furia, el rencor, casi el odio.

—El diablo lanzará su poder maléfico sobre usted y caerá aplastado bajo sus malolientes pezuñas barbotó.

—Lo que es yo no salgo a pasear con este loco. Como sólo somos cuatro hombres y seis mujeres, las parejas pueden hacerse perfectamente. Y las dos mujeres que resten, se quedarán aquí en el bar del tren, atentas por si se acerca alguien.

El reverendo Walker debía estar acostumbrado a mandar en su iglesia y no aceptó bien las palabras de Roig.

—¿Quién le ha concedido a usted autoridad para organizamos?

—Nadie. Si no le gusta, no obedezca, siempre tiene la posibilidad de salir a pascar con su esposa y si encuentra algo raro, silbe.

—Calma, calma, no tenemos por qué molestarnos —terció el viajante de comercio, colocándose entre ambos.

—María, iremos hasta el pueblo y hablaremos con las autoridades.

—Nosotras nos quedaremos aquí —se apresuró a decir la señora Hanshell, cogiendo a su hija de la mano.

—Haga lo que quiera.

—Yo saldré a explorar con Pulky —decidió Xemil sin consultar a la muchacha que se limitó a encogerse de hombros.

—Yo te acompañaré a ti —dijo Tani.

—De acuerdo y usted, Ismael, ¿le llamamos así?

—Sí, claro.

Ismael quedó aparejado con Ninova, la cual no quedó muy convencida pero aceptó la situación. Todos estaban seguros de que había que hacer algo, todos menos la señora Hanshell que prefería pensar que con quedarse a esperar, ya vendrían a rescatarla.

Aquel tren no sólo se hallaba detenido en la vía, sino en el tiempo, mientras un halo trágico lo envolvía. La muerte les acechaba y


no todos eran conscientes de ello.

CAPÍTULO V

No caminaban aprisa. La escarcha de la helada crujía bajo sus zapatos mientras avanzaban entre las vías.

—El tren ha pasado por aquí.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó Tani.

—Los arbustos que han crecido entre las traviesas están rotos.

—No me había fijado.

El terreno se hacía cada vez más accidentado. La vía bordeaba a media altura una montaña muy escarpada y rocosa. Por la parte alta, la montaña era inaccesible salvo que se empicaran cuerdas. Luego, había el ancho suficiente para el tendido de los raíles y después volvía a descender casi a pico en una altura entre cincuenta y setenta metros de profundidad.

Al fondo discurría un pequeño río montañoso cuyas aguas espumeaban entre las rocas que asomaban a la superficie. A un lado y a otro del riachuelo se veían placas heladas, charquitos que, aislados del resto del río, se habían helado.

—¿Tenemos que pasar por ahí? —preguntó Tani.

—Yo voy a seguir. Tú puedes quedarte aquí, si quieres.

—¿Sola?

—Bueno, iré un par de kilómetros más lejos y si no encuentro nada, volveré.

—Yo prefiero no quedarme sola.

—La anchura es suficiente, no hay temor mientras no nos acerquemos al borde del precipicio.

—¿No hay peligro de caída de rocas desde lo alto?

—Supongo que no. Bueno, siempre hay una posibilidad» pero si los ingenieros tendieron los raíles por aquí es que había algo de seguridad.

Aquel tendido de raíles era verdaderamente escarpado. El paisaje, tan abrupto como rocoso, era impresionante Al otro lado del rio montañoso, había otras montañas escarpadas, también muy rocosas. El viento debía bajar encajonado por aquel lugar, ululando fantasmagóricamente en los días ventosos.

El tendido del ferrocarril describía una curva que rodeaba parle de la montaña.

—No entiendo nada de lo que sucede.

—Yo tampoco. Me esfuerzo en darle una respuesta y no lo consigo; es como si el sentido de lo lógico se hubiera perdido y nos

halláramos en un mundo absurdo.

—Yo también he tratado de hallar una solución pensando y no la he encontrado, eso no quiere decir que no exista. Me inclino a pensar que nos faltan datos para hallarla

—Mira, allá hay una boca de túnel.

—Cierto, una boca de túnel que no podía verse desde más atrás porque aquí hay una curva pronunciada. Este lugar es muy hostil e inaccesible. Tenemos una pared de roca a nuestra derecha, las vías bajo nuestros pies, a la izquierda el abismo y al fondo, el rio de aguas heladas y erizado de rocas. La verdad es que si de pronto apareciera un tren por ese túnel en dirección a nosotros, no sé cómo escaparíamos de aquí.

Tani comprendió que lo que decía Roig era cierto, no había posibilidad de escapar.

No poseían las garras de un lagarto para trepar por la pared rocosa; tampoco podían saltar al vacío y caer sobre el río lleno de rocas y aguas heladas porque la muerte era segura y quedarse entre los raíles esperando a que llegara el tren para arrollarlos, también era un suicidio sin solución.

—¿Y crees que puede salir un tren de ese túnel? —preguntó súbitamente nerviosa, dándose cuenta del peligro que corrían.

Aquel tramo que estaban recorriendo, bordeando la rocosa y escarpada montaña, era una trampa mortal.

—No creo que aparezca ningún tren. Estoy seguro de que el nuestro ha pasado por aquí, aunque por lo rocoso que es este lugar y por la carencia de tierra no existan arbustos que lo delaten.

—Si hubiera arbustos, estarían rotos como los otros.

—Sí, por lo menos los de tamaño más bien grande.

Llegaron al fin a la boca del túnel con una oscuridad siniestra en su interior.

—No se ve nada.

—Debe tratarse de un túnel largo o bien es que hay una curva pronunciada en su interior que nos impide ver el otro lado.

—Creo que sin luces no es bueno meterse en ese túnel.

—¡Eh, eh, oh, oh! —gritó Roig, buscando el eco de su propia voz para calcular el largo del desconocido túnel.

Tani le miró preocupada e inquirió:

—¿Es muy largo?

—Aunque hay ecos, creo que sí es largo; no obstante, habría que explorarlo para ver qué es lo que hay al otro lado.

Tani opinó entonces:

—A mí me da la impresión de que este túnel conduce al mismísimo infierno.

* * *

Xemil y Pulky habían caminado por entre los raíles en la dirección en que parecía debía avanzar el tren.

La maleza y los árboles abundaban cada vez más a ambos lados de las viejas y oxidadas vías, pero incluso entre las traviesas habían crecido arbustos de troncos gruesos, arbustos que debían tener varios años de edad a juzgar por sus distintas especies y el grosor de sus troncos.

—Por aquí no ha pasado un tren en varios lustros —gruñó Xemil lanzando una mirada de reojo a Pulky que debía ser un par de dedos más alta que él.

—¿Y adónde conducirá esto? —inquirió Pulky que comenzaba a sentirse cansada.

El día se hacía más gélido al hallarse el cielo encapotado. La escarcha que cubría los travesaños no se había fundido en absoluto y la espesura de los árboles que conservaban su oscuro verdor, hacía más umbrío el lugar. Era como si avanzaran hacia la mismísima noche.

—Creo que es inútil continuar. Esta vía no parece conducir a ninguna parte —opinó Xemil.

—Cuando la construyeron, debía ir a algún sitio, ¿no?

—Sí, pero a lo peor está a cuarenta kilómetros —le dijo el hombre.

—¿Descansamos un poco y luego volvemos? —propuso Pulky deteniéndose, harta ya de caminar entre los raíles, avanzando por el espeso bosque que en algunos tramos había llegado a ocultar las vías, cubriéndolas con matorrales y altas hierbas.

—Me parece que es lo mejor. Esto no tiene trazas de llevar a parte alguna, quién sabe si esta vía fue construida para llegar hasta alguna mina o cantera.

—Es posible —aceptó la joven, sentándose sobre una piedra.

Xemil miró en derredor. La naturaleza salvaje les envolvía.

—Qué soledad.

—Sí, estamos solos —admitió la mujer.

—No se oye ni una urraca, ni siquiera hace viento.

Xemil aproximó su mano a los cabellos fríos de la muchacha.

Sólo la larga caminata entre los raíles podía haberles hecho olvidar el frío que helaba el agua allá donde quiera que estuviese, excepto si se hallaba en gran cantidad y discurriendo rápida.

Pulky se volvió para mirarle: había interrogación en sus ojos.

—Estamos solos. Pulky.

—Déjame —pidió ella.

Se ponía en pie cuando Xemil, algo excitado y llevando adelante

un plan que había ido madurando mientras caminaba entre los raíles, la cogió por la cintura, aunque el grueso jersey de la joven no le permitía hallar bien sus redondeces naturales.

—Estamos solos. ¿Qué importa que nos besemos un poco?

—Suéltame.

—Sólo un poco, no se va a enterar nadie, bueno, si tú no lo dices.

Xemil, que no podía decirse que fuera un triunfador en el amor, ni siquiera en las relaciones amigables con las chicas, atrajo hacia sí a Pulky y buscó sus labios con su boca hasta encontrarlos.

Aquella situación no resultó del agrado de Pulky y la puso muy nerviosa.

La soledad del ambiente era evidente; si Xemil insistía en su actitud, la joven iba a pasarlo muy mal.

—¡Estúpido! —le gritó, dándole un torpe puñetazo en el rostro que conmovió a Xemil que se tambaleó. Pulky echó a correr.

Cuando el hombre se repuso del golpe pero no todavía de su fracaso, vio a la joven corriendo sin mirar atrás por encima de los travesaños, huyendo de él, de su maldita soledad.

—¡Pulky!

No obtuvo respuesta, la muchacha se perdía a lo lejos.

Xemil gruñó, le hubiera gustado darle una patada a algo pero no encontró nada adecuado.

—Tonta... Ahora sólo falta que vayas gritando que he tratado de violarte y sólo por unos besos...

Xemil maldijo su mala suerte y también maldijo su precipitación, el no saber esperar. Había sido torpe y se daba cuenta de ello.

—Bueno, que se vaya a hacer puñetas.

Hundió sus manos en los bolsillos y echó a andar: no tenía prisa por regresar.

—Si quiere correr, que corra.

Había avanzado un kilómetro de regreso cuando descubrió un bulto alargado en el sucio. Frunció el ceño y avanzó cada vez más rápido hacia él.

—¡Pulky!

Al llegar a su altura, descubrió a la joven tendida en el suelo boca abajo. La tomó por un brazo para volverla hacia arriba.

—¡Dios mío! —exclamó al ver su cara aplastada.

Aquel rostro que él había querido besar era ahora una masa informe de huesos y carne, en el suelo, una roca de unos cincuenta kilos, con aristas agudas, aparecía manchada de sangre.

Pulky estaba muerta, era fácil darse cuenta de ello y Xemil cogió miedo.

Se apartó de ella, de aquella muchacha por la que poco antes él había perdido los estribos.

La había deseado y de no reaccionar ella con violencia, habría tratado de llegar lejos, todo lo lejos que hubiera podido.

Xemil acabó corriendo. Tuvo la sensación de que algo maléfico le envolvía; una presencia invisible pero capaz de matar estaba allí, cerca de él, y el miedo le hizo correr más aprisa, abandonando en la solitaria vía, absorbida por el bosque, el cadáver de Pulky.

CAPÍTULO VI

El reverendo Walker, su esposa María, el viajante de comercio y Ninova, tras discutir un poco, se habían alejado por una vieja carretera de tierra.

En el suelo no había rastros de que por allí hubiera pasado ningún vehículo.

Avanzaron los cuatro en plan de paseo, no parecían tener prisa. Era como si hubiesen salido a estirar las piernas en un atardecer de domingo; sin embargo, el cielo encapotado y el frío reinante no invitaban al paseo.

—Todo esto será un malentendido, algo que tendrá una explicación lógica aunque ahora no nos lo parezca —comentó Ismael que era quien tenía el paso más corto y a la vez más rápido. Cojeaba de su pierna derecha pero no estaba dispuesto a quedarse atrás.

—Podemos encontrar gente en el pueblo —observó María.

El reverendo gruñó.

—Si es que existe pueblo.

Ninova no decía nada, se sentía extraña entre aquellas personas. Sin embargo, la joven era vigilada de reojo por María, como si ésta temiera siempre la proximidad de alguna mujer, no debía confiar demasiado en la fidelidad de su marido.

—Allí, detrás de aquellos árboles, parece que hay casas —señaló Ninova.

—Bueno, ya está todo solucionado —opinó Ismael que debía hallarse ya en la decadencia de su profesión.

Tardaron casi quince minutos en llegar al grupo de casas. María, la esposa del reverendo Walker, al verlas exclamó:

—Esto es una aldea.

—Y desgraciadamente, derruida —señaló Ismael.

—No parece que haya nadie —musitó Ninova.

—Es obra del diablo —gruñó el reverendo Walker—. ¿Es que queremos mayor claridad?

El conjunto no tenía más de seis casas un tanto dispersas, de construcción tan antigua que debía perderse en la noche de los tiempos.

—Llamemos a esa grande que parece más entera —propuso Ismael.

—No habrá nadie en esta aldea que ni iglesia tenía —gruñó el reverendo.

—Podemos ver la casa. Después de todo, puede ser un refugio opinó María.

—Voy a ver —dijo Ninova resuelta, agitando sus largos y negros cabellos que atrajeron la atención del clérigo cuyos ojos centellearon.

En aquel instante, María no se percató de aquel brillo que había visto en otras ocasiones, un brillo que siempre les había traído malas consecuencias

Ninova anduvo hasta la puerta de recia madera. El aldabón era muy viejo pero debía carecer de valor como antigüedad. Llamó y aguardó delante de la puerta.

El reverendo Walker sentenció:

—No responderá nadie porque dentro no hay nadie. —Pues, veremos qué hay —dijo Ninova, empujando la puerta que chirrió fuertemente. La casa aparecía ante ella oscura, siniestra y con un intenso olor a humedad.

De pronto, se hundió parte del techo, como si hubiera mantenido en equilibrio hasta que la puerta fue movida sobre sus goznes.

Ninova tuvo tiempo de saltar hacia atrás. Se produjo una polvareda y una gruesa viga de madera estuvo a punto de alcanzarla.

—Muchacha, ¿te has hecho daño? —inquirió Ismael corriendo hacia ella.

—No, no, creo que no.

—Uf, menos mal, que susto.

Ninova movió el pie izquierdo y gimió:

—Duele.

—¿Te ha dado algún cascote en el pie?

A la pregunta de María, Ninova contestó:

—No, no creo, habrá sido un mal gesto al saltar hacia atrás.

Ismael opinó:

—Se habrá torcido el tobillo.

—Sí, eso será, una torcedura. Espero que pueda caminar.

—Estamos tentando a Satán —dijo el reverendo, siempre lúgubre.

—Deje de ser tan agorero por un rato, la chica se ha torcido el tobillo —protestó el viajante.

—María, ven conmigo.

—Sí, sí, voy —respondió ella.

Ismael las vio alejarse mientras Ninova buscaba una piedra adecuada para sentarse.

Ese tipo me carga —rezongó Ninova, molesta.

—Es un pesado. Debe ser reverendo de una de esas sectas minoritarias, una secta en la que sólo practican unos cuantos paranoicos y esquizofrénicos.

—A mí no me gusta como habla, es como si estuviera esperando

que el diablo fuera a salir en cualquier momento de un lado u otro.

—Yo no creo en Satán y la verdad, llevo años, muchos años pateando este planeta, sonriendo a la gente contra la cual me habría liado a puntapiés —suspiró—. Siempre he creído que si había un diablo seria mujer.

—¿Mujer, por qué?

—Mujer encarnada.

El reverendo se detuvo frente a unas ruinas. Las examinó con atención y al final sentenció:

—Esto fue la capilla de la aldea.

—¿Qué importa ya?

—María, esto está totalmente en ruinas y antes se caen las casas que las iglesias o capillas.

—Quizá le cayó un rayo encima.

—Un rayo de Satán, aquí huele a azufre.

—Por favor, no hables así. Los demás te miran mal, te toman por un loco fanático.

—Un loco, ¿eh? Un loco que les puede escupir la verdad a la cara...

—Por favor, no te encolerices, no es bueno.

—Bien, bien. Seguro que aquí no hay ni una sola cruz. —Yo no veo ninguna.

—Porque no la hay. Ahora, me gustaría ver el cementerio.

—¿El cementerio?

—Sí. Si éste es un lugar maldito, el cementerio no tendrá una sola cruz y todas las tumbas estarán malditas también.

—Por favor, esposo mío, ten calma.

—¿Calma? Toda mi vida he dicho que el diablo está ahí, acechándonos con su maldad, pero sólo la fe y la maldad de los hombres vencidos por él me permitían acusarle; sin embargo, ahora lo he encontrado, sé dónde está y dónde puedo combatirlo. Su huella está por todas partes en este lugar.

—Van a pensar que...

—¿Que estoy loco? —le preguntó, fulgurando sus grandes ojos.

Su mirada se mantuvo unos instantes fija sobre el rostro de su mujer y cuando ésta inclinó la cabeza, vencida sicológicamente, él prolongó su mirada hasta Ninova que se estaba frotando el tobillo torcido.

La mirada del reverendo Walker cambió de inmediato; su mujer, que alzó las pupilas aunque no la cabeza, captó aquella mirada y lo odió, lo odió profundamente.

—Volvamos al tren —propuso Ismael—. Aquí no hay nada que hacer.

CAPÍTULO VII

—Mamá, vendrán a buscarnos, ¿verdad?

La señora Hanshell se volvió hacia su hija; no había un ápice de vacilación ni duda en su rostro agrio.

—La compañía del ferrocarril es responsable y seria y nosotras hemos pagado nuestros billetes.

—Mamá, esto no es normal, todos lo dicen.

—No es normal...

Desvió la mirada para lanzarla fuera del vagón, a través de la ventanilla mientras se frotaba las manos.

—Condenado frío, me quejaré de la falta de calefacción.

—¿Y los muertos que hay en el furgón?

—Al verlos subir al tren ya me dije que nos traerían mala suerte y así ha sido. Los muertos que viajan siempre traen mala suerte, Hortensie, siempre.

—¿Y quiénes son?

—Prefiero no saberlo. Lo que podrían hacer esos hombres que sólo hacen que hablar y hablar, es soltar ese furgón y arrastrarlo lejos para alejar la mala suerte.

—Mira, mamá, viene uno de los dos jóvenes.

—Ah, sí, el más tonto.

—No está tan mal, mamá.

—Por favor, Hortensie, qué sabrás tú, eres una criatura que aún no conoce el mundo.

—Mamá, ya tengo treinta y dos años.

—¿Treinta y dos años? ¿Qué son treinta y dos años al lado de mi experiencia de la vida? Déjate guiar por mí y saldrás adelante.

Xemil había llegado al vagón-bar. Subió el primer peldaño que estaba muy cerca de una de las tablas rotas que formaban el andén y quiso abrir la puerta, pero por el lado interior habían colocado el seguro.

—¡Abran! —gritó Xemil dando golpes al cristal.

—No es para tanto.

—Voy a abrirle, mamá.

—Deja, ya abriré yo.

La señora Hanshell fue hasta la puerta. Quitó el cerrojo y abrió.

—¿Qué pasa? No es para tanto...

—¡Si lo es, sí lo es! —gritó Xemil.

—¿Que sucede?
—Pulky ha muerto.
—¿Pulky?
—Sí, una de las chicas, la que iba conmigo, ha muerto, ha muerto. ¿Es que no lo entiende?
—Mamá, qué horror —gimió Hortensie, unos pasos más atrás.
—¿Cómo es posible?
—¡Xemil!
Se volvió. Por el andén llegaba Roig a paso rápido y tras él, muy cerca, Tani.
—¡Roig!
—¿Qué te pasa?
—¡Pulky ha muerto!
—¿Qué? ¿Cómo?
—No lo sé. Echó a correr, fui tras ella y cuando la encontré estaba boca abajo entre los raíles, con la cara contra una roca. Te juro que no sé lo que ha sucedido, no lo he visto, pero Pulky tiene la cara totalmente aplastada, es horrible.
—Cálmate —le exigió Roig, sombrío.
—Dios mío. Dios mío —gimió ahora Tani, tambaleándose por la terrible impresión.
—Tiene que haber un loco asesino merodeando y usted, joven, es quien estaba más cerca de la chica muerta.
Los ojos de Xemil se agrandaron. Miró a Roig y vociferó:
—¿La has oído? ¡Me está acusando, me acusa a mí como el asesino! ¡Esta maldita bruja me acusa, la voy a...!
Se lanzó contra el cuello de la señora Hanshell con la evidente intención de estrangularla. Ella se cogió al borde de la puerta, quería gritar pero no lo conseguía. Los ojos parecían querer saltar de sus órbitas mientras desencajaba la boca.
—¡Mamá, mamá!
Roig golpeó a Xemil en los dos flancos al mismo tiempo y éste, acusando el dolor, soltó a su presa.
—Y ahora, quieto, no me obligues a golpearte.
—¿No tienes ni idea de cómo ha podido ocurrir? —preguntó Roig a su amigo que se hundía por momentos.
—No, anda, pasa adentro, encontraremos algo de beber.
No hicieron el más mínimo caso de la situación en que había quedado la señora Hanshell que tosía, sostenida por su hija.
Roig no dudó en reventar la puertecilla del pequeño almacén del bar. Allí se guardaban un buen número de botellas. Escogió whisky, tomó un vaso y vertió una cantidad generosa.
—Anda, Xemil, bebe; esto te repondrá un poco, luego ya hablaremos.

—Pon un poco en este vaso —le pidió Tani, mirando hacia la puerta donde Hortensie seguía sosteniendo a su madre que parecía tener los ojos en blanco.

Roig escanció la bebida, casi medio vaso. Lo tomó entre sus dedos y dijo a Tani en voz baja:

—Ya se lo doy yo.

—¿Que vas a hacer?

—Señora, mire a los pajaritos, que va a beber agua santa.

La señora Hanshell entreabrió la boca y Roig vertió en ella todo el contenido del vaso, como si se tratara de un embudo.

—¡Aaaah!

La mujer se abrasaba, le pareció haber tomado fuego líquido.

—¿Qué le ha dado? —gritó Hortensie al ver que su madre estaba roja, con la boca abierta, como buscando un aire que no encontraba.

—Whisky como a mí amigo. Ya imagino que no es su bebida habitual, pero ayuda a pasar los sustos. La próxima vez que no provoque a nadie, porque no sé si podremos evitar que la estrangulen.

Xemil se había dejado caer en uno de los asientos y acodó sus brazos en la mesa para sostener su cabeza con las manos.

—Ha sido horrible, Roig, horrible, y no sé cómo ha sucedido, no he visto a nadie. Parece que ha caído de bruces y se ha dado contra la roca.

—Ahí vienen los demás —dijo Hortensie.

En tono más bajo, la señora Hanshell pidió a su hija:

—Ayúdame, ayúdame a sentarme. Me matarán, hija, me matarán. Tú Cuéntaselo todo al juez, todo, no olvides nada. Ha habido un intento frustrado de asesinato.

—Sí, mamá, lo que tú digas.

Roig observó que Ninova avanzaba apoyada en el hombro de Ismael, el representante de comercio. El reverendo y su esposa iban ligeramente más atrás. Roig salió a recibirles.

—¿Ha pasado algo?

—No. sólo me torcido el tobillo al saltar hacia atrás.

—Pero, si no salta a tiempo, le cae la mitad del techo de una casa en ruinas y la aplasta —explicó Ismael.

—Es extraño.

—¿El qué es extraño, joven? —inquirió el reverendo que no bajaba su guardia.

—Que Ninova haya corrido el riesgo de morir aplastada y Pulky haya muerto con el rostro aplastado.

—¿Pulky? —exclamó Ninova, tan sorprendida como incrédula.

—¿Es eso cierto? —inquirió el reverendo Walker.

—Sí, y no me venga con la historia de que ha sido Satán.

—¿Esa chica no iba con su amigo, el bajito?

—Sí.

—¿Y no ha podido ser él?

—Entremos todos, hace frío —propuso Ismael, quitando hierro a la situación que se había puesto muy tensa por la actitud del reverendo Walker.

Ya reunidos dentro del vagón bar, Roig hizo observar:

—Carecemos de alimentos, sólo tenemos bebidas de este bar que es pequeño aunque suficiente en licores y el agua que haya en los depósitos de los vagones, por lo que será mejor que no la despilfarremos, puede hacernos falta.

—¿Cree que vamos a tener que resistir aquí mucho tiempo? —preguntó Ismael, resignado aun antes de conocer la respuesta.

—No lo sé, pero esta clase de medidas hay que tenerlas en cuenta si no queremos terminar comiéndonos unos a otros.

—¿Crees que no podremos comer? — preguntó Tani.

—Aquí no hay comida. ¿Han descubierto ustedes algo?

Preguntó directamente a Ismael, el cual respondió:

—No, sólo una aldea en ruinas y allí no hay nada.

—Tani y yo, por la vía del tren, hemos llegado hasta un túnel. Parece muy largo, no hemos profundizado en él por carecer de luz.

—Hacia el otro lado —dijo Xemil, ya más repuesto— no hay nada, sólo bosques que se comen la vía. Por allí no ha pasado un tren en lustros, no conduce a ninguna parte.

—¿Qué cree que puede haber al otro lado del túnel, joven? —inquirió el representante de comercio.

—Lo ignoro, pero en muchas ocasiones al otro lado del túnel está la luz, un paisaje distinto.

—¿Cree que sería buenos que nos arriesgáramos a marchar por el túnel a ver qué encontrábamos al otro lado?

—Puede ser una solución, lo que ignoro es la longitud; lo mismo puede tener medio kilómetro que diez.

—Bueno, los chinos dicen que el camino más largo empieza siempre con un primer paso. Supongo que la muralla china la construyeron bajo esta forma de pensar.

—Dejémonos de filosofías baratas —cortó el reverendo Walker.

María opinó:

—Hay que buscar soluciones más seguras.

—Aquí la situación se puede tomar muy difícil careciendo de comida —advirtió Roig—. No quiero pensar en la tragedia de los Andes donde los siniestrados de un avión tuvieron que comerse los cadáveres de sus compañeros. Desgraciadamente, ya tenemos dos cadáveres, el ferroviario y Pulky, sin contar con lo que contengan los cuatro ataúdes, claro que pueden ser huesos antiguos que sólo sirvan para caldo.

La señora Hanshell hizo unos ruidos y unos movimientos propios de unas fuertes arcadas.

—Por favor, no diga esas cosas tan horribles —pidió Hortensie.

—Hay que ver las cosas como son: es más, no sé cómo ni por qué, pero estoy convencido de que la muerte nos acecha. Quién sabe si antes de unas pocas horas otro de nosotros habrá muerto ya.

—Pero, ¿por qué, por qué? —preguntó Xemil.

—De momento, el único que ha tenido posibilidades de ser un asesino por haber estado a solas con una de las víctimas, es usted, joven —acusó a Xemil el reverendo Walker.

—Yo no he sido, puedo jurarlo sobre la Biblia.

—Todos pueden jurarlo, me refiero a que todos los asesinos proclaman su inocencia hasta que se hallan al borde de la ejecución.

Roig le puntualizó:

—No hay pena de muerte, reverendo.

—Pues es una lástima que la hayan abolido.

—Ya, usted está sediento de sangre y de muerte. No entiendo por qué se queja, en este ambiente de misterio, sangre y muerte, usted debe estar disfrutando como un drogadicto con su heroína.

—Sus comparaciones son injuriosas y realmente desafortunadas.

—Es posible, pero no acuse a su prójimo tan pronto porque usted puede terminar también señalado por el dedo acusador.

—¿Yo? —Se echó a reír con una risa forzada. Después, borró la risa de su rostro, cambió el tono y preguntó a Xemil—: ¿Dónde ha estado la noche pasada?

—¿La noche pasada?

—Sí, eso he preguntado.

—Pues, como todos.

—¿Dónde?

—Durmiendo en la litera.

—Coartada que nadie puede corroborar...

—Eh, eh, todos hemos estado en literas, la situación es la misma —protestó Xemil, temiendo ser acusado por todos.

El reverendo puntualizó con pupilas brillantes:

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

—Si en la noche todos teníamos la posibilidad de haber asesinado al ferroviario, esta mañana sólo usted ha podido matar a la joven Pulky y los demás quedamos limpios de sospecha.

—Eh, Roig, el tío este me está cabreando...

—Cálmate, Xemil.

La señora Hanshell se quejó:

—Tengo frío, mucho frío.

Tani miró a Roig como si este pudiera solucionar el problema.

—Bueno, afuera hay árboles, lo que quiere decir que tenemos madera y en el furgón carbonero quizá encontremos carbón, no lo sé.

—¿Se podría hacer pasar la calefacción a los vagones? —preguntó el representante de comercio.

—No creo, ese tipo de locomotoras no tendrá el sistema adecuado para proporcionar vapor recalentando al resto de los vagones, es posible que ni siquiera pueda encenderse la caldera. De todos modos, podemos solucionar este problema preparando una fogata aquí dentro.

—¿Aquí dentro? —se asombró el reverendo Walker.

—Puede hacerse si abrimos unas ventanas para que salga el humo o bien un agujero en el techo. En el suelo podemos hacer un colchón de piedras y luego otras rodeando la fogata para que el fuego no se esparza y lo que encontremos bueno para quemar, adentro.

—Podemos probarlo. ¿Para qué seguir aquí, helándonos? —propuso Ismael.

Un manto amargo comenzaba a envolverles, el hambre ya se hacía sentir en sus respectivos estómagos.

El día avanzaba y el ciclo había adquirido un color gris blanquecino que presagiaba nieve y ninguna solución se vislumbraba en aquellos momentos. La muerte de Pulky había venido a ensombrecer aún más la situación.

Tani y Hortensie, pese a la resistencia de su madre, acompañadas de Ismael se dedicaron a buscar piedras para preparar la fogata mientras Roig, guiado por Xemil y acompañado por el reverendo que se había empeñado en ver el lugar de la muerte de Pulky, iban en busca del cadáver. Lo vieron desde lejos.

—¡Malditos! —rugió Xemil.

Roig se agachó, tomó una piedra y la lanzó contra las bestias.

—Son lobos —indicó el reverendo Walker.

—Son perros cimarrones. Viven sueltos y forman bandadas de perros, son peores que las de los lobos.

—Eso quiere decir que hay alguna ciudad cerca —observó Xemil.

—No lo crea, pueden haberse escapado o sido abandonados en algún camping en la carretera.

—¿Qué carretera? —preguntó el reverendo Walker.

—No lo sé.

Los tres perros se alejaron y ellos se acercaron al cadáver que presentaba ya algunas dentelladas.

—Malditos perros, no respetan nada —gruñó Xemil.

—Tienen hambre. ¿Qué se les puede reprochar? —le dijo Roig.

El rostro de Pulky estaba deshecho.

—Ha tenido que golpearse con una gran violencia —opinó Roig.

—Esto no es un accidente, es un asesinato —puntualizó el

reverendo.

Roig dijo:

—Hay que llevarse el cadáver de aquí o se lo comerán los perros.

—¿Cómo lo llevamos? —inquirió Xemil.

El reverendo Walker propuso:

—Podemos hacer unas parihuelas.

—No tenemos cuerdas. Será mejor que la cargue sobre mis hombros como si fuera la oveja descarriada.

—Por aquí hace mucho tiempo que no pasa un tren —dijo el reverendo Walker.

—Eso ya lo he dicho yo antes, es un lugar muy solitario.

—¿Quién sabe qué puede haber cerca de aquí, detrás de esos árboles?

—No busque fantasmas, reverendo; si quiere quedarse aquí, por mí puede hacerlo —le dijo Roig, acelerando el paso.

Tenía deseos de llegar al tren, la noche se les echaba encima y se sentía fatigado y hambriento. Se sintió mal al pensar en los perros comiendo la carne humana, un a carne que él podía oler, sí, oler muy bien porque la cargaba sobre sus hombros como una res recién muerta en el matadero y lista para desollar.

Xemil quiso ayudarle para cargar el cadáver. Roig no le dejó, prefirió ser él quien llevara los despojos de Pulky.

El reverendo Walker no se ofreció en absoluto: caminaba delante y de vez en cuando volvía la cabeza para ver si le seguían.

Se había impuesto un ritmo de respiración y un paso para no ahogarse en el camino con la carga sobre sus hombros.

Era casi de noche cuando divisaron la viejísima locomotora, tan fantasmal como todo el entorno.

En el vagón-bar había algo de luz y calor, un calor conseguido con la fogata a la que habían añadido carbón que, por suerte, no iba a faltarles.

El humo escapaba por dos ventanillas abiertas. Afuera, el frío se hacía más intenso pero no llegaba a nevar.

En el último momento, Xemil se adelantó al reverendo y entró en el vagón anunciando su llegada. Tani quiso ver a su amiga, pero Roig se lo impidió.

—Será mejor que no la veas.

Las demás mujeres sólo pegaron sus rostros al cristal. Tani llevaba consigo una lámpara portátil de queroseno que habían encontrado en la vieja locomotora y que, por suerte, tenía líquido en su interior.

—Te acompañaré. La vas a llevar al furgón, ¿verdad?

—Sí.

—Los perros ya se la estaban comiendo —explicó Xemil,

excitado.

—¡Dios mío, los perros! —casi chilló la señora Hanshell.

—Tranquilícese, aquí en el tren no nos van a hacer nada —le pidió el representante de comercio, al cual se le notaba que había bebido—. Después de todo, quienes deben tener miedo son ellos, me temo que nosotros ya estamos más hambrientos que los perros.

Era cierto que tenían hambre. Los estómagos lo acusaban y trataron de calmarlos bebiendo de las bebidas que encontraron en el bar.

Tani, armándose de valor, acompañó a Roig hasta el furgón de mercancías.

Una vez allí, Roig descargó el cuerpo hasta el suelo de ajada madera. Lo hizo con cuidado y Tani pudo ver el estado en que había quedado Pulky. Tuvo que volver la cabeza para no marearse, Roig se percató de ello.

—Ha debido ser una caída muy fuerte contra la roca.

Tani no dijo nada y Roig abrió la puerta corredera.

—Ilumina el interior.

—¿He de entrar?

—No hace falta. Envía un poco de luz para ver dónde coloco a la pobre Pulky y menos mal que hace mucho frío.

—¿Por qué?

—Podrían comenzar a oler los cadáveres y aquí ya tenemos cinco. Sé que es morboso lo que voy a decir, pero parece que hagamos colección de muertos.

Roig pensó que podía dejarla al lado del ferroviario que seguía en la misma posición. Sin tocarlo, ya lo supuso helado y rígido, no podía cambiar de postura. El frío lo debía haber endurecido aún más que la propia muerte.

Tendió el cadáver de Pulky ajustando sus piernas una contra otra y cruzando sus manos sobre el pecho, dejándola lista para que pudiera ser colocada dentro de un ataúd si es que la ocasión llegaba.

Después de todo, si las autoridades se hacían cargo de ella, tendría que practicársele la autopsia.

Tani, que se había quedado en la puerta, junto al farol, no quiso mirar los cadáveres; sin embargo, sí miró hacia los ataúdes.

—¡Roig!

—¿Qué?

—¿Has visto?

—¿El qué?

—¡Los ataúdes!

—¿Qué les pasa?

—¡Los alambres del precinto están corladas!

—¿Cortados?

—Sí, mira, mira, están rotos.

Roig observó de cerca los ataúdes, tocó los alambres y examinó los precintos violados.

—Es cierto. ¿Estarían bien puestos?

—No lo sé, pero lo lógico es que los precintos estuvieran intactos. Fíjate en los plomos, son del ferrocarril, lo que indica que cuando embarcaron las cajas en el tren fueron precintados y los precintos han sido rotas durante el viaje.

—Tu lógica es muy clara y certera, Tani, veamos qué hay dentro.

—No, no lo abras. Roig

—¿Por qué?

—No sé, me da la corazonada de que contiene algo horrible.

A la luz débil y rojo amarillenta del farol, Roig sonrió.

—Un ataúd siempre contiene algo desagradable, un muerto, por ejemplo.

—No te burles, Roig, no es lo mismo ver un muerto de unas pocas horas que un muerto que lleva meses o años.

—Sí, hay mucha diferencia —admitió Roig—. Se dice que cuando llega la muerte todo se detiene, pero no es así. Cambiamos más con la muerte que con la vida. De todos modos, lo abriré, tú no mires, pero ya que está desprecintado, veremos qué contiene. Quizá estos ataúdes tengan mucho que ver con nuestra increíble situación.

Tani no quería mirar, pero los ojos se le escapaban. Roig forcejeó con la tapa de uno de los ataúdes y no consiguió levantarla.

—Está cerrada con llave.

—Será mejor que lo ˆejes.

—Veremos las otras.

Lo fue intentando una por una, pero todas se resistieron.

—¿Estarán por ahí las llaves?

—No sé, pero es mejor que lo dejes.

—Ahora tengo más curiosidad.

Se acercó al cadáver del ferroviario.

—¿Qué vas a hacer, Roig?

—Ver si tiene las llaves encima. Quizá fue él quien, en su soledad, tuvo la curiosidad de ver lo que había dentro de los ataúdes y violó los precintos.

—Pues si fue él, lo pagó caro, ahora comprendo la razón de su muerte. Ha sido el miedo, sí, el miedo le ha matado.

—Puede ser, pero a mí no me asusta la muerte.

—Esto es peor que la muerte, Roig, no te arriesgues.

Roig registró el cadáver del ferroviario. Encontró llaves, pero un simple vistazo bastó para darse cuenta de que con ellas no abriría los ataúdes. Buscó luego en la pequeña mesa que tenía el empleado que ocupaba aquel furgón de mercancías, registró los cajones y resopló.

—Nada
—Vámonos.
—No he encontrado ni las hojas de registro, no sabemos qué hay dentro. —Frunció el ceño—. Esto está cargado de *misterio.*
—Vamos, tengo mucho frío y está muy oscuro aquí afuera.
De lejos pudieron oírse unos aullidos lastimeros.
—¿Lobas?
—No, son perros cimarrones. Sí, será mejor que vayamos al vagón con los demás.
Roig no quiso decirle a Tani que cuando las perras cimarrones enloquecían de hambre, no dudaban en atacar al hombre agrupándose en una carnicera jauría.
Cerró la puerta del furgón de mercancías, verdadero furgón mortuorio en aquellos momentos.
—Vamos —apremió Tani, nerviosa por los aullidos que semejaban aproximarse, unos aullidos que se entremezclaron con los ladridos.
Subieron al vagón bar. Roig colocó el seguro por dentro y se acercó al fuego que ardía con una tonalidad muy roja. Carbón no les faltaba, pero el vagón olía mal; seguramente, si permanecían allí dentro y pese al hueco alto de las ventanillas, amanecerían con las cabezas embotadas.
—Tengo hambre —dijo de pronto la señora Hanshell.
—Tómese un trago de whisky —le propuso Ismael.
—No, eso no me quita el hambre y me hace daño en el estómago.
—Más le hará si no come.
—Satán está afuera acechándonos —silabeó lúgubre, como sin esperanza, el reverendo Walker—. Será mejor que recemos unidos. Yo os puedo guiar, hermanos, os enseñaré mis plegarias para que el Señor Todopoderoso nos escuche y haga huir a Satán.
—Rece si quiere, está en su derecho, pero deje en paz a los demás —le replicó Roig.
—¿Acaso está en contra del Señor?
—Contra el Señor en mayúscula, no. estoy en contra de usted. ¿Lo he dicho claro?
—Hereje.
—¿Y qué tengo que replicarle yo ahora, estúpido fanático?
—Puede insultarme todo lo que quiera, lo soportaré con estoicismo.
—Haga lo que le dé la gana, pero no hay que comer, a menos…
Todos le miraron interrogantes; había dejado una posibilidad en el aire.
—¿A menos qué? —insistió Tani.
—Que capturemos a uno de esos perros cimarrones

—¿Comer perro? —repitió el reverendo, como habiendo escuchado una herejía incalificable.

—Los asiáticos los comen y no sólo ellos sino también los indios americanos. Bueno, en circunstancias normales, yo no lo pediría como plato favorito en un restaurante de lujo, pero...

La señora Hanshell, muy firme, manifestó:

—Yo no pienso comer perro.

—Yo, paso. —Ninova se fue hacia el final del vagón donde estaba Xemil.

—Bueno, supongo que todos pasarán, pero es peor comerse nuestros propios cadáveres. De todas formas, cuando la carne de perro comience a brasearse en este fuego, ya veremos quién lo resiste y decide no comer.

—Eso es tentar —observó el reverendo Walker.

María, la esposa, más práctica, inquirió:

—¿Y quién va a cazarlo?

—¡María! —bramó el reverendo—. Lo preguntas como si estuvieras dispuesta a comer.

—Tengo hambre, esposo mío, y si hay carne no voy a preguntar si es de perro o de tu cadáver.

—¡María!

—¡Ya estoy harta, harta!

El reverendo Walker la abofeteó dos veces con dureza, haciendo voltear la cabeza femenina.

Roig cerró los puños; tenía deseos de asestarle un puñetazo al reverendo, pero se contuvo al ver a María derrumbarse en sollozos mientras se dejaba caer en uno de los asientos para esconder el rostro entre sus manos.

—Yo saldré a cazar un perro. Si alguien quiere acompañarme...

Nadie contestó.

—Está bien, iré solo.

—Procure no ser usted quien se convierta en el festín de esa jauría de perros cimarrones.

—De acuerdo, pero cuando aquí se brasee la carne, todos los que quieran podrán comer, todos menos usted, reverendo Walker. Si usted quiere comer tendrá que salir a cazar su propio perro.

—Antes me moriría de hambre —dijo, muy seguro de sí mismo, con el mentón altivo y dispuesto a no ceder.

—Veré qué puedo hacer. No tengo escopeta y tendré que arreglármelas como sea. Si oís ladridos, no os asustéis.

—Roig, no vayas, hombre —le recomendó Xemil.

Sin hacer caso, con el ansia de la supervivencia deslizándose por sus venas, abandonó el vagón para saltar a la noche maldita y oscura donde los perros aullaban y ladraban al mismo tiempo.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué haces? —preguntó Ninova en un cuchicheo, acercándose a Xemil que se había sentado en la última mesa del vagón-bar en el que en aquellos momentos preferían quedarse todos.

—Un porro.

—¿Un porro?

—Sí, ¿No has fumado nunca ninguno?

—No, no me interesa la marihuana.

—Te diré, a mí tampoco, no soy ningún camello.

—¿Camello?

—Sí, los que la transportan de un lado para otro, los que la venden.

—Ya.

—Yo compro un talego.

—¿Y qué es un talego, la marihuana?

—Sí, pero ya en una pieza alargada y estrecha; bueno, la preparan antes de otra manera, pero no creo que eso te interese, me refiero al planchado de la hierba.

—No, no me interesa. ¿Te fumas la tira?

—No, el talego se corta con una navaja, un trocito como de un centímetro. Ese trocito se llama china, ¿ves?

—¿Ese cachito?

—Sí, se calienta con la llamita del encendedor y se desmenuza después. Se mezcla con el tabaco y el porro queda listo para fumar.

—¿Y te hace algo?

—Bueno, como lo de Pulky me ha sentado muy mal y tengo hambre, con el porro paso de todo.

—¿Eres un drogadicto?

—¿Un drogata, quieres decir?

—Si lo llamas así...

—No, sólo soy un aficionado, de vez en cuando. Mira, te voy a preparar uno para ti.

—No, no quiero fumar marihuana.

—Yo te lo preparo, luego haz lo que quieras.

Xemil hizo otro cigarro de droga para Ninova que lo miró con recelo; sus ojos se habían acostumbrado a la escasa luz que tenían en el vagón bar.

—Te hará olvidar también el dolor de tu tobillo.

Los dos comenzaron a fumar.

El reverendo Walker salmodiaba algo ininteligible en voz baja mientras lanzaba miradas inquisitivas hacia el fondo del vagón.

La distancia no le permitía ver bien, la luz era escasa y la fogata que estaba en brasas rojas se hallaba a mitad del vagón, entre ambos.

—Voy a beber un trago y me iré a dormir, no voy a esperar a que regrese Roig con un perro para desollar. Prefiero que me duela el estómago —gruñó el representante de comercio.

La señora Hanshell, que no se había atrevido a ir sola al siguiente vagón donde se hallaban las literas, se puso en pie.

—Yo también me voy a dormir.

—Hará mucho frío, mamá.

—Hay muchas literas vacías, podemos coger otras mantas. Lo que importa es dormir, tengo los pies hinchados.

—Lo que tú digas, mamá.

—Yo también voy a dormir —dijo María, lo que levantó el ánimo de la señora Hanshell.

Mientras Ninova y Xemil fumaban hierba y el reverendo salmodiaba oraciones inventadas por él, los demás tomaron cuantas mantas podían para abrigarse en las literas y poder descansar.

La noche, con el estómago vado, iba a hacérseles larga a todos menos a Tani que no olvidaba a Roig que se hallaba fuera del tren, tratando de cazar a algún peno cimarrón.

Tani aguardaba en silencio el regreso de Roig. No se había dado cuenta consciente de ello, pero algo la unía ya a aquel joven alto, de aspecto delgado, musculoso, de barba recortada, ojos intensos y cabello abundante, con grandes rizos que le daban un aire casi salvaje.

La luz que proporcionaba la fogata, más alimentada con carbón que con leña, lo que daba al ambiente un olor poco agradable, se debilitaba, apenas se veía dentro del propio vagón bar.

Afuera no caía una gota de lluvia ni un copo de nieve, pero el ciclo seguía encapotado y la luna parecía no existir.

Apenas se veía. Tani se había pegado a la primera ventana, cerca de la puerta para tratar de ver hacia el exterior aunque sin éxito.

De vez en cuando, Xemil reía y a su lado. Ninova había quedado como abstraída, ausente del mundo.

El reverendo Walker, que había visto a su esposa marchar hacia las literas, se acercó a la pareja y los observó desde muy cerca.

—Cerdos, viciosos —gruñó sin que ellos reaccionaran. Era como si el clérigo no existiera para ellos.

Tani se sobresaltó al notar una mano sobre su muslo.

—¿Qué hace?

El reverendo Walker estaba a su lado; los ojos le brillaban en la oscuridad como si fuera un felino.

—No es preciso que grites.

—Quíteme la mano de encima.

—No tienes por qué molestarte. Tú eres una mujer y yo un hombre, un hombre que sabe amar.

—Es usted un canalla. Apártese de mí y vaya a dormir con su mujer.

—¿Estás esperando a que vuelva el hereje ese que ha salido a cazar perros?

—Ese hereje como usted lo llama es más honesto que usted, apártese.

—Te arrepentirás de esto, estúpida.

Tani quiso escupirle algunas cosas más que sentía hacia aquel individuo que, amparado en la oscuridad y en la abstracción de Xemil y Ninova que fumaban hierba, había desatado sus instintos para tratar de aprovecharse de Tani a la que creía débil.

Roig había trepado a la viejísima locomotora. Le hacía falta algo contundente con que poder enfrentarse a las perros cimarrones si se acercaban, algo que le diera alguna posibilidad de salir con vida ante aquellas fieras hambrientas, un día animales domésticos y que por el abandono de sus amos se habían convertido en fieras salvajes.

Encontró una pala.

La cogió entre sus manos y la movió de un lado a otro. Le pareció bien, podía ser un arma contundente y decidió esperar allí, dentro de la plataforma de conducción de la locomotora.

No dejaba de estar protegido y podía ver el exterior, siempre que apareciese la luna que se mostraba esquiva.

Notaba el frío, pero pensó que no era adecuado fumar para no hacerse visible con la lumbre del pitillo.

Tenía una pequeña navaja que desnudó para comprobar el filo y la dejó abierta, metida la hoja en el cinturón de los pantalones para tenerla más accesible.

Sin embargo, los perros no estaban lejos; su mezcla de aullidos y ladridos, estos últimos eran mayoría, sonaba cerca, posiblemente porque sus finos olfatos detectaban los cadáveres.

En aquel momento acudió a la mente de Roig la imagen de los cuatro ataúdes con sus precintos rotos, la falta de documentación que pudiera indicar su contenido. ¿Quiénes eran, cuánto tiempo había transcurrido desde su muerte?

¿Tendrán que ver esas cuatro cajas con lo que está ocurriendo?

Se formuló la pregunta en silencio, una pregunta a la que no halló respuesta alguna.

CAPÍTULO IX

La puerta que comunicaba el vagón de literas con el furgón de mercancías se abrió bruscamente, como sí hubiera estado mal cerrada y recibiera de pronto el violento empuje de un golpe de viento.

Lina oleada de aire frío penetró en el vagón de literas agitando las cortinillas y creándose una gélida corriente de aire que parecía tener salida por una ventanilla abierta.

—La puerta —exclamo la señora Hanshell como si alguien acabara de abrirla, dejándola de par en par, hasta el punto de que daba golpecitos contra la pared que correspondía al lavabo del vagón.

Nadie respondió a la señora Hanshell que notó el frío en sus carnes pese a 1a manta. Las cortinillas que debían protegerla se agitaban y optó por levantarse.

Agitada, molesta, se levantó avanzando contra el viento y fue hasta la puerta. En el exterior había una claridad suficiente que delineaba bien el umbral.

Quiso cerrar la puerta pero encontró una inesperada resistencia, como si la hubieran sujetado a la pared mientras el frío la azotaba.

De pronto, tuvo la sensación de que no estaba sola.

Volvió la cabeza hacia el exterior y vio tres figuras espectrales, tres figuras de rostros espeluznantes que semejaban despedir luz propia, una luz mortecina pero suficiente.

Eran rostros cadavéricos, medio corrompidos, con las cuencas de los ojos vacías y las bocas oscuras, entreabiertas, como queriendo decirle algo.

La mujer quiso gritar pero sintió un fuerte ahogo en su garganta, cuando uno de aquellos espectros levantó su brazo y en la mano llevaba una larga serpiente negra que lanzó contra ella.

La serpiente se enroscó en el cuello de la señora Hanshell y comenzó a estrangularla lentamente con sus anillos mientras los espectros la observaban con sus ojos vacíos.

Los perros aullaron más fuerte mientras la mujer se tambaleaba y caía al suelo tras dar unos agónicos traspiés.

Cuando estuvo derrumbada en la plataforma y la serpiente seguía estrangulándola, la puerta se cerró y cesó la gélida corriente de aire.

* * *

El cielo se rasgó, ya no nevaría pero el frío continuaba siendo intenso.

Tenía que hacer esfuerzos para evitar que las dientes le castañetearan y se dijo que si se movía le pasaría el frío.

La luna era menguante; faltarían dos noches para la luna vieja y una oscuridad total reinaría en la noche.

Los perros andaban cerca, habían dejado de aullar y se mostraban ahora más ladradores. Resultaba difícil saber cuántos había pero si eran una docena. Roig podría salir mal parado del enfrentamiento.

Debía haber bastado una pareja de perros abandonada para que se encontraran y reprodujeran hasta formar una verdadera jauría.

Los perros se aproximaron al tren parado. Subieron por el andén medio derruido gracias a que sus ojos ya estaban acostumbradas a la oscuridad y a la aparición de la luna.

Roig galló al andén y anduvo abiertamente pisando fuerte como quien domina la situación. Los perros, atraídos por el olor a cadáver, se habían acercado al furgón de mercancías.

Dos perros se te enfrentaron mostrándole los colmillos. Roig los dejó acercarse, pues si los asustaba no conseguiría su propósito.

—Acercaos, malditos, acercaos, que tengo más hambre que vosotros.

Blandió la pala de costado y el canto de la misma dio en la cabeza de uno de los animales, el cual rodó por encima de las maderas, pataleando.

Roig no quiso perder tiempo y se abalanzó contra el otro, partiéndole el lomo.

Rugió como si él misino fuera una bestia y los otros perros retrocedieron desconcertados, asustados.

—¡iiaaaay! —gritó, al tiempo que golpeaba el suelo de madera con la pala plana, produciendo un fuerte ruido en la noche que obligó a los perros a huir con el rabo entre piernas. — ¡Roig, Roig!

—¡Tani!

—¿Estás bien?

—Sí, he cazado a dos.

Retrocedió, cogiendo a los animales muertos por la cola.

—No quiero verlos —gimió la mujer.

—Sí, será mejor que los desuelle aquí fuera

—¿Vas a hacerlo tú?

—No tengo ningún desollador aquí afuera. Tú vigila que no vengan más perros.

—Xemil y Ninova parecen drogados.

—No me extraña. Xemil consume hierba de cuando en cuando y

habrá convidado a tu amiga.

Sacó la navaja, comprobó su filo y dijo:

—Voy a desollarlos y abrirlos en canal. No me gusta hacer esto, pero mañana el hambre será más dura y esta carne, ya enfriada, estará mejor.

—Yo no podré comerla.

—Creo que yo tampoco hasta que apriete el hambre. En este momento, para mí son piezas de caza y si se los comen los asiáticos quiere decir que no son nocivos para nosotros.

La navaja era pequeña y la luz nula, todo estaba en su contra, pero como tampoco trataba de hacer una obra de arte como matarife, desolló a los dos perros, los abrió en canal y los vació. Los descabezó, cortó sus patas y quedaron como cualquier otro animal de caza.

Resultaba difícil descubrir a un perro en lo que quedaba.

El andén de madera se manchó de sangre lo mismo que el propio Roig que con el pie arrojó los despojos entre las maderas rotas para que no quedaran a la vista, seguro de que los perros acudirían allí para comer también.

—Abre, ya estoy listo.

Tani le abrió la puerta.

Entró en el vagón y puso los dos animales, ya inidentificables, sobre el pequeño mostrador del bar.

—Mañana estarán mejor. Haremos más fuego, podremos asarlos.

El reverendo Walker los miró desde una cierta distancia y escupió:

—Cazador de perros.

Dio media vuelta y abandonó el vagón.

—Es un sucio—dijo Tani.

—No me extraña. Los tipos como él, luego resulta que no son tan limpios como pretenden.

Se acercaron a la pareja formada per Xemil y Ninova y Tani dijo:

—Se han dormido.

—Dejémoslos, aquí no pasarán frío.

Tani y Roig se dirigieron al vagón de literas. El hombre, en un cuchicheo para no despertar a los demás, dijo:

—¿Qué puedo hacer?

—No te entiendo.

—Tani, sé que la situación es difícil, tengo que lavarme.

No te pareceré ningún héroe habiendo cazado dos perros para que todos podamos comer, pero...

—Eres un hombre excepcional, Roig, otro no hubiera salido al exterior y no se te puede quitar tu razón. Si en los Andes se comieron los cadáveres humanos, ¿cómo no íbamos a comer perro si corremos el riesgo de que el hambre nos mate?

La respuesta de Tani fue un beso en los labios que él sólo tuvo que aceptar, más ambos ignoraban que el número de cadáveres había aumentado en aquel maldito tren.

CAPÍTULO X

Xemil despenó con la cabeza algodonada. Parpadeó. Sabía que no siempre le sentaba bien la «hierba».

Podía haber sido la falta de alimento durante todo el día, el exceso de alcohol ingerido para mitigar el hambre y combatir el frío, todo había hecho que se sintiera mal. A su lado. Ninova dormitaba con la cabeza ladeada.

Sentía fuertes náuseas. Se levantó, bajó la ventanilla y asomó la cabeza, esperando que el aire frío le aliviase. Al mismo tiempo, si sentía una arcada, podría liberarse sin problemas.

De pronto, ante él y fuera del tren, descubrió a tres figuras fantasmagóricas, tres espectros horribles.

Los rostros cadavéricos, con cuencas sin ojos y bocas semiabiertas, se hallaban encarados con él como esperando algo.

Parpadeó incrédulo, sin saber si aquello era una alucinación o una realidad.

Comenzó a gritar, asustado, y al querer echarse hacia atrás no lo consiguió.

El cristal de la ventanilla, ribeteado de metal cromado para darle solidez, comenzó a subir, operando como una guillotina a la inversa, es decir, de abajo arriba en vez de arriba abajo como una guillotina clásica.

Xemil sintió en su garganta la presión del frío metal y dejó de gritar. Pataleó en el aire, con tanta fuerza que empujó a Ninova fuera de su asiento, haciéndola caer.

Ninova despertó y braceó en el aire como si no supiera dónde estaba.

Xemil ya no gritaba ni pataleaba: era como un cuerpo colgado sin llegar con los pies al suelo, ya que la ventanilla lo había elevado.

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó, como atontada.

Tocó el cuerpo de Xemil. No lo veía bien, pero notó que su mano estaba inerte.

A través de los cristales, en el exterior, descubrió los tres rostros sin ojos y el pánico fue tan grande que comenzó a gritar desesperadamente, pero estaba sola en el vagón-bar.

Puso sus manos sobre el mostrador del bar hasta el cual había llegado corriendo y al tocar la carne desollada, gritó más aún.

Saltó por encima de la fogata que apenas brindaba ya calor

alguno y pasó al vagón de literas, gritando con terror y desesperación.

Ante aquella irrupción y los gritos de Ninova los demás se despertaron.

Roig aún no había conciliado el sueño y detuvo a Ninova cogiéndola entre sus brazos.

—¿Qué pasa?

—¡Aaaaaah!

—Tranquilízate.

Roig la sacudió hasta conseguir calmarla.

—¿Qué ha pasado?

Tani estaba detrás. El representante de comercio se había levantado y el reverendo Walker asomaba su cabeza entre las cortinillas. Su esposa hacía lo propio, aunque apenas se la veía.

—¡Xemil, Xemil está muerto!

—¿Muerto?

—¡Sí, en la ventanilla, y afuera están los muertos!

—¿Qué muertos?

—No lo sé, son horribles, horribles, ellos miraban cómo moría Xemil...

Roig soltó a la joven y corrió hacia el vagón contiguo Tani y el representante de comercio le siguieron.

Cuando Roig llegó junto a Xemil, lo cogió pero no pudo sacarlo de la ventanilla. Encendió su mechero y pudo ver el cristal manchado en sangre por su parte exterior.

Forcejeó por bajar la ventanilla y tras muchos esfuerzos comprobó que Xemil estaba materialmente decapitado. Su aspecto era horrible, la cabeza le colgaba sostenida sólo por la piel del cuello que había sido seccionada en gran parte por la ventanilla convertida en guillotina.

—¿Cómo ha sido?

No hubo respuesta; Ninova no estaba allí, no había querido volver a ver a Xemil.

—Es horrible —gimió Tani.

—No entiendo cómo ha podido subir la ventanilla actuando como una guillotina, no lo entiendo —barbotó Roig con gran dolor.

Apreciaba mucho a su compañero, muerto en circunstancias tan extrañas como monstruosas.

—Ninova dice que afuera había seres extraños.

Roig alzó la cabeza para asomarla por la ventanilla. Entonces se dio cuenta de lo que le había ocurrido a Xemil y echó la cabeza hacia atrás para evitar quedar atrapado y guillotinado también.

—No veo nada.

—Ninova los ha visto.

—A Xemil lo ha matado la ventanilla.

—Otro muerto —comentó Ismael, y su voz tuvo inflexiones patéticas.

—¿Cuándo terminará esto? —se preguntó Tani.

—No lo sé.

—Tengo la impresión —comenzó a decir el representante de comercio— de que estamos aquí para morir.

Tani, asustada, repitió:

—¿Para morir?

—Sí, uno tras otro. Primero el ferroviario, luego Pulky, ahora este muchacho. ¿Quién será el próximo?

—¿El próximo? — se preguntó Roig en voz alta.

—¿Qué pasa, Roig?

—Tengo una duda.

—¿Cuál? —le preguntó Tani.

—Aquí no hay nadie, apenas se ve, pero parece que no hay nadie en este vagón-bar.

—Así es, no hay nadie más aparte de nosotros —ratificó el viajante.

Roig dijo entonces:

—Dejaremos aquí el cadáver de Xemil hasta mañana.

Pasaron de nuevo al vagón de literas. Ya todos estaban levantados, en pie o asomando la cabeza por las ventanillas.

—Xemil ha muerto decapitado —dijo Roig.

Ninova sollozaba convulsivamente, Roig siguió hablando:

—Hemos de comprobar si estamos todos.

—¿Todos, qué quiere decir con todos?

—Pregunto, reverendo, si continuamos vivos todos los que lo estábamos esta tarde.

—Qué estupidez —gruñó el reverendo Walker.

—No se trata de ninguna estupidez, Xemil ya no vive.

—Estaba fumando droga, yo la he olido. Los viciosos siempre terminan mal, siempre.

—Y los no viciosos, también, reverendo, todos morimos, más tarde o más temprano, claro. Ahora, contémonos.

—¡Mamá!

Todos miraron a Hortensie que buscaba a su madre.

—Reverendo, usted no ha muerto, es evidente, y su esposa tampoco, de modo que al parecer sólo falta la señora Hanshell.

—¡Mamá! —insistió Hortensie.

—Bien, parece que sólo falta ella. Registraremos todas las literas.

Se pusieron en movimiento y con la ayuda de fósforos y encendedores, registraron todas las literas del vagón, una por una.

Ya junto a la puerta que daba acceso al furgón de mercancías, Ismael sentenció:

—*No está en el vagón.*

—Puede estar en el retrete —observó el reverendo Walker, no exento de ironía.

—Lo comprobaremos —dijo Roig, abriendo la puerta que daba a la plataforma a la cual, a su vez, daba la puerta del lavabo para que los malos olores no pasaran al interior del vagón.

—Ya he encontrado a la señora Hanshell.

—¡Mamá!

—No siga adelante, señorita —le pidió Roig.

El representante de comercio la contuvo mientras Roig encendía su mechero y observaba a la caída cuando, de pronto, del cuello de la mujer se alzó la serpiente, hostil y amenazadora, silbando con su maligna lengua oscura.

—Una mama.

Tani se la proporcionó de inmediato mientras la serpiente silbaba agresiva, sin abandonar a su presa.

El cuerpo suavísimo del reptil seguía enroscado en torno a la garganta ya estrangulada.

Tomó la manta entre sus manos, la agitó en el aire y la dejó caer sobre la serpiente, cubriéndola, lo que la hizo silbar con mayor furia al verse atrapada.

—Cuidado, Roig, no sabemos si es venenosa —le advirtió Ismael.

Apenas se veía, la luz era escasísima; sin embargo, el representante de comercio encendió el mechero que se agotaba.

Roig vigiló el bulto de la serpiente que se notaba en la manta. Saltó de lado y atrapó al reptil por la cabeza. La notó agitarse bajo la manta, era como un látigo con vida propia, violento y encolerizado.

Roig aguantaba la cabeza procurando que no se le escapase, lo cual era muy difícil porque la serpiente trataba de escurrirse por entre la manta.

—¡La puerta, la puerta!

Ismael abrió la puerta, pero el reverendo Walker sacó un *afilado estilete y lo hundió por entre la manta, atravesando* la cabeza del ofidio que se hallaba justo por encima del puño de Roig.

El reptil se movió un poco más y luego quedó quieto.

—Ha acertado —dijo Roig al reverendo.

—Era mejor matar al verdugo de Satán que dejarlo vivo ahí afuera.

Ismael había abierto la puerta. Roig arrojó manta y serpiente lejos del vagón y fue entonces cuando se fijaron en el cuerpo caído de la señora Hanshell.

—¡Mamá!

—Será mejor que no te acerques —le pidió Roig.

—¿Está muerta? —preguntó con temblor de voz.

—Sí.

—¡Satán, Satán, ¿por qué nos has escogido a nosotros?! —casi aulló el reverendo Walker.

—¡Cállate de una vez! —le gritó su esposa, ya harta de él.

La diestra del reverendo se alzó para golpear a María. Roig, que estaba cerca, le descargó un puñetazo en la boca que lo lanzó al suelo entre la doble hilera de literas.

—Si quiere buscar a su Satán, salga por ahí y deje de fastidiar.

El reverendo se levantó pesadamente escupiendo sangre por la boca. El odio brilló en sus ojos.

De pronto, saltó sobre Roig tratando de cogerle por sorpresa. Llevaba ya el afilado estilete en la mano, el mismo acero que atravesara la cabeza del reptil, un estilete delgado y afilado como una aguja.

—¡Cuidado! —le gritó María.

En el escasísimo espacio que tenía, Roig se apartó de un salto al tiempo que le lanzaba una patada: pero el reverendo había tomado ya un fuerte impulso para hundir el estilete en Roig y no pudo detenerse.

—¡Aaaag!

Los ojos grandes y oscuros de Ninova se agrandaron aún más. El estilete se había hundido justo por encima de su esternón, en la base del cuello.

Tani gritó y Hortensie se quedó como alelada mientras María, la esposa del reverendo, mascullaba:

—Maldito, maldito...

Roig cogió al clérigo por la chaqueta y lo empujó hacia la puerta aún abierta, lanzándolo al exterior.

—*¡Si vuelve a subir al tren, lo mato!*

El reverendo Walker cayó rodando sobre el andén. Se levantó, dio un par de traspiés y metió un pie en falso dentro de una de las tablas rotas del suelo, lo que le hizo gritar de dolor.

Roig cerró de un portazo cuando comenzaron a oírse ladridos.

—Los perros —musitó Ismael, fúnebre.

—Que se las arregle con ellos —gruñó Roig—. De todos modos, si alguna vez volvemos a la civilización tendrá que pagar lo que le ha hecho a Ninova.

Entre Tani y María, pues Hortensie no reaccionaba, ten dieron el cuerpo de la infeliz Ninova, la cual dejaba escapar sangre por la boca.

Era incapaz de hablar y miraba a los demás en la escasísima luz del vagón, con los ojos muy abiertos. Los veía cada vez más como sombras, cada vez más lejanos, pero no eran ellos los que se iban sino ella, hacia la inmortalidad.

—Ayuda, socorro, auxilio, ayuda! —gritaba con desesperación el reverendo Walker fuera del tren mientras los ladridos de los perros

sonaban como una verdadera sinfonía satánica.

Roig vaciló, bajó la cabeza y dijo:

—Voy a ayudarle aunque no se lo merezca.

María se interpuso en su camino, cortándole la salida al cruzarse en la puerta.

—*Si quieres ayudarle a él, mátame a mí antes. Si él vive, y*o no quiero vivir.

—Ninova ha muerto —anunció Tani, cerrando los ojos de su amiga.

—¡Aaaaaaag!

Nadie se movió.

El espeluznante alarido había venido del exterior, salido de la garganta del reverendo Walker.

CAPÍTULO XI

A los supervivientes del tren, la noche se les hizo pavorosamente larga. No se atrevían a hablar, no hacían comentarios sobre lo que estaba ocurriendo.

Ninguno de ellos tenía una explicación lógica para la diabólica situación en que se hallaban.

Se hizo de día muy despacio.

El cielo continuaba gris, como negándose a que el pequeño grupo acosado por la muerte pudiera llenar sus ojos de azul celeste.

Los claros abiertos durante la noche habían vuelto a cerrarse y se había levantado un viento gélido que descendía de las montañas y resultaba tan cortante como molesto.

La luz hacía ver las cosas distintas pose a que el hedor a muerte les envolvía como una patética mortaja.

—Hay que llevar los cadáveres al furgón —dijo más que propuso Roig, mirando a los demás. Ninguno había dormido.

—Cuente conmigo para cargarlos, aunque no soy un hombre fuerte —le dijo el representante de comercio.

Tani se levantó y miró por la ventanilla. Lo que vio le hizo exclamar:

—Habrá que llevar al reverendo en una manta.

—¿Los perros? —inquirió Roig.

—Lo han destrozado.

María, ahora la viuda del reverendo Walker, tenía los ojos secos, ni una sola lágrima brotó por ellos. Era como si, de pronto, hubiera recuperado la libertad, pero tampoco había alegría en ella, sino una terrible frialdad que la hacía comportarse como si lo que estaba sucediendo fuera algo ajeno a ella.

—Que Satán lo acoja en su seno —dijo sin odio—. En realidad, siempre buscaba el mal, era algo patológico en él.

—Si podéis encender la fogata dentro del vagón... —propuso Roig mientras salía del vagón llevando una manta con la que cubrió las despojos del reverendo que había muerto entre las fauces de los perros al quedar con una pierna aprisionada entre las tablas, como lobo atrapado en un cepo de acero.

Ayudado por Ismael, subió el cadáver al furgón macabro, pues ya no podía calificársele de otra manera.

—¿Qué sucederá cuando la justicia abra este vagón? —preguntó

Ismael en voz alta.

—No lo sé, pero imagino que no le va a gustar. Es una colección de muertes horrendas.

—Creo que va a ser muy difícil explicar todo esto.

Roig pensaba que no habría forma humana de explicar a las autoridades lo sucedido, pero también se preguntó si llegarían a encontrarles estando ellos vivos aún.

—Ismael, como varones sólo quedamos usted y yo: luego están Tani. Hortensie y María. ¿Cree que estamos en este tren para morir?

—Muchacho, ha habido veces en mi vida que he deseado morir. No ha sido fácil mi vida de representante de comercio. Creo que es más duro vivir un día tras otro pateando el mundo que meterse en una trinchera para combatir en una guerra. Si he de morir aquí, ya no me importa demasiado, sólo pido que sea sin dolor.

—Será mejor que hablemos de otra cosa.

—¿De otra cosa? —Sonrió sarcástico, patético incluso—. Todavía tenemos que traer hasta aquí varios cadáveres y ya comienzo a preguntarme quién se encargará de trasladar el último de ellos.

—No sea morboso.

—¿Morboso? Hay espectros o lo que sea, Ninova los vio al gritar la muerte de Xemil.

—¿Cree en los espíritus malignos?

—Yo creo en los muertos.

—¿Que los muertos pueden revivir? —se asombró Roig.

—Te confesaré que creo en la reencarnación y como mi vida ha sido muy mala, espero que la próxima sea mejor.

—De modo que cree en la reencarnación, ¿eh?

—Si; claro que soy consciente de que creer en la reencarnación es una forma como otra de negarse a morir, de tener miedo a la desaparición total. No tengo mentalidad hindú, ellos sí creen en el nirvana, que es lo mismo que decir que buscan ansiosos la última de sus reencarnaciones porque la desaparición total es la paz.

—Dejémonos de religiones y ocupémonos de nosotros. Es mejor no pensar en quién va a ser el último: por otra parte, yo creo que no sucumbiremos todos, algo aplastará esa maldición que nos ha caído encima.

—Sí, mejor ser optimistas, vamos.

Uno tras otro fueron trasladando los cuerpos al furgón de mercancías que se había convertido en una especie de Morgue rodante.

El frío estaba de su parte y evitaba la descomposición rápida. Podía decirse que en aquel vagón, por falta de calor, los cadáveres se habían congelado, pues la temperatura había descendido por debajo de los siete u ocho grados bajo cero.

La helada quedó patente en los suelos y el aliento de los que aún vivían se helaba en el aire.

—Ya está —dijo Ismael, jadeando pese al frío.

—Ya está por ahora, si se me permite ser un poco burlón.

—Sí, pero no lo digas delante de las chicas, no creo que tengan sentido del humor.

—Ahora, veré si encuentro algo con que abrir los ataúdes.

—¿Los ataúdes?

—Si. Tengo la impresión de que dentro de ellos está la clave de lo que nos sucede.

—Eso es tanto como creer en los muertos vivientes o cosas por el estilo y que lo crea yo, bueno, pero tú, muchacho…

—Ninova estaba drogada o le quedaban residuos de hierba en la mente cuando vio los espectros fuera del tren; sin embargo…

—Comprendo. No crees en las brujas, pero haberlas, las hay.

—Eso es, mejor asegurarse.

Comenzó a remover el interior del furgón hasta que encontró una cartera conteniendo unas pocas herramientas y que llevaba el anagrama de la compañía ferroviaria.

—Esto servirá.

Había tomado un martillo y una escarpa corta. Se fue a uno de los ataúdes escogidos al azar y se enfrentó con él, comprobando primero que la cerradura no se abría.

—¿Lo saben las chicas?

—No, ¿para qué asustarlas? —dijo, colocando el filo de la escarpa entre la caja y la tapa, justo en la cerradura.

—Lo que vas a hacer se puede considerar un delito.

—En otras circunstancias; ahora, vamos a comprobar si en la visión de Ninova hay algo de cierto.

Un golpe tras otro hasta que consiguió hundir el hierro entre la tapa y la caja propiamente dicha.

Forcejeó haciendo palanca, pero hubo de dar más golpes y forcejear de nuevo hasta que logró levantar la tapa, violando la cerradura rota.

Los goznes gruñeron y tanto él como el representante de comercio pudieron ver el contenido, un contenido que les sorprendió.

—Parece vivo— opinó Ismael con una ligera expresión de temor, como si el ser que yacía allí dentro fuera a levantarse de un instante a otro.

Era un hombre alto, de piel amarillenta, facciones alargadas y todo él magro, delgado. De edad indefinida, podía tener cincuenta, sesenta, quizá más o menos años.

Vestía una especie de frac, tenía largos cabellos canos y sus ojos cerrados semejaban poder abrirse de un momento a otro.

—¿Quién será? —se preguntó Ismael.

—No lo sé, a los muertos no suelen ponerles la documentación encima.

—¿Te has fijado en que lleva zapatos?

—Es verdad.

El representante de comercio observó:

—A los muertos se les entierra sin zapatos.

—Tiene razón. —Hizo una pausa, miró los otros féretros y dijo—: Veamos qué hay en los restantes.

Utilizando idéntico procedimiento, abrió otra de las cajas. Al levantar la tapa, pudieron ver que el contenido no era el mismo.

—Dios mío, qué horror —exclamó el viejo Ismael.

—No parece un cadáver, es algo distinto —opinó Roig mirando la cosa que yacía en el ataúd.

El rostro repugnaba, tenía las cuencas vacías y siendo como una calavera, aún conservaba la piel amarilla sobre el hueso.

La boca estaba entreabierta y vestía una especie de larga túnica que ocultaba el cuerpo. Los cabellos eran largos, blancos.

—Es como una momia, ¿verdad? —inquirió Ismael.

—A mí me parece que esto es lo que vio Ninova, lástima que ella ya no nos lo podrá contar porque está muerta. No sé cómo explicarlo, pero no me gusta, no es humano.

—¿Quieres decir que este ser no fue un hombre como nosotros antes de morir y momificarse?

—Yo no entiendo de estas cosas, pero para mí no es humano, ni ahora ni nunca. Creo que eso jamás ha estado vivo.

—Bueno, es una opinión y todas las opiniones son válidas. No estamos precisamente en situación de aceptar sólo lo que sea lógico porque nuestra situación no es lógica

—Bueno, y veamos los otros dos.

—¿Estás dispuesto a abrirlos todos?

—Si. ¿Cree que no hay motivos suficientes, después de tantas muertes?

—Adelante, muchacho, sujetaré mi miedo.

El tercer ataúd contenía un ser semejante al espectro hallado en segundo lugar y también el cuarto ataúd.

—Ya está, un muerto reciente y tres momias —opinó Roig.

—No creo que sean momias.

—Entonces, ¿qué son?

—Yo diría que esos tres son como algo de ese del frac.

—*¿Algo?*

—No sé cómo explicarlo, pero tengo la impresión de que le pertenecen, que son suyos, como esclavos, seres creados por él.

—¿Espectros creados por el hombre del frac?

—Eso parece. Cuatro ataúdes iguales, sin ninguna identificación y el contenido es distinto, por lo menos en uno de ellos.

—¿Y cómo podría crear ese individuo a los otros tres?

—Lo ignoro, pero mejor será que cerremos las cajas y nos marchemos. Algunas de las muertes que hemos sufrido pueden parecer fortuitas, es cierto, la serpiente que estranguló a la señora Hanshell, los perros que despedazaron al reverendo, el estilete que se hundió en el cuello de Ninova, estilete que empuñaba el reverendo Walker… El rostro destrozado de Pulky también puede deberse a una caída fatal cuando corría muy aprisa.

—Lo dudo.

—Sí, hay que admitir que fue demasiado destrozo para una simple caída: sin embargo, aceptémoslo como hipótesis.

—¿Y Xemil?

—Se decapitó con la ventanilla —dijo Ismael.

—Bueno, no elucubremos más sobre historias fantasmagóricas. Prefiero *pensar* que uno es un muerto reciente y los otros tres, tienen mucho tiempo y están momificados. Y los muertos son muertos, nada más.

Cerró las lapas y saltaron del *furgón.*

Roig cerró la tapa corredera, lamentando no tener un cerrojo para asegurarse de que aquella puerta no pudiera abrirse.

Ismael daba vueltas a la muerte de Xemil; era la única que no podía explicarse debido a que la ventana subía y no bajaba.

CAPÍTULO XII

Sobre la fogata hecha dentro del vagón brasearon la carne troceada. Todos la miraban pero ninguno se atrevía a comerla.

—El perro es un animal como otro —dijo Roig tratando de ser convincente y quitarle patetismo a la situación.

Tani opinó:

—El perro es un animal inteligente.

—Sí, y los loros y oí a alguien que en tiempos difíciles hizo sopa de su propio loro.

El representante de comercio lo miró, burlón.

—¿Y cómo le sentó la sopa? —preguntó.

—Bueno, imagino que mal.

—No insistas, Roig —pidió Tani—. Tendremos que irnos acostumbrando poco a poco. Es posible que cuando el hambre nos acucie más dejemos de resistir y nos olvidemos de sentimentalismos.

María, la viuda del reverendo, alargó su mano para lomar un pedazo de carne. Todos la miraron. Ella les devolvió la mirada y comentó:

—Después de todo, primero somos animales y luego seres humanos. Y si no, ¿por qué tantas guerras y nos matamos unos a otros de forma tan bestial, con bombas atómicas, con *plomo, con napalm?*

Roig respondió:

—Precisamente porque ante todo somos seres humanos y luego animales. Si fuéramos animales, seguro que seriamos menos bestias.

—Je, je, buena filosofía —aceptó Ismael al que, de pronto, le estaban pesando los años.

Era como si hubieran permanecido ocultos, pero las últimas horas la falta de dormir, el hambre, los sucesos ocurridos, todo contribuía a que su rostro envejeciera visiblemente.

María mordió la carne braseada y justo cuando lo hacía, todo se movió; sufrieron como una sacudida que les desconcertó.

—¿Será la maldición del perro? —preguntó Ismael.

—No, es el tren que se ha puesto en marcha.

María arrojó el pedazo de carne al fuego y Tani se puso en pie preguntando excitada, esperando que alguien respondiera:

—¿Cómo puede ser, si no hay nadie aparte de nosotros?

—Eso es lo que hemos creído hasta ahora —gruñó Ismael.

Efectivamente, el tren se había puesto en marcha y avanzaba con

lentitud. Roig se fue hacia la puerta del final del vagón diciendo:

—Voy a ver.

—No te arriesgues —le pidió Tani.

—Hay que hacer frente a la situación. Si las cosas se ponen feas, saltad del tren.

—Yo no saltaré —dijo Hortensie.

Ismael masculló:

—Es como si fuéramos camino del cementerio.

Roig comprendió que ninguno saltaría, que preferían seguir hasta el final y el final podía ser muy bien el descarrilamiento del tren.

Salió del vagón y trepó al furgón carbonero. Por encima de éste saltó a la vieja locomotora cuya chimenea humeaba.

Pudo ver como avanzaba por aquellos raíles olvidados que habían sido devorados por el bosque. La locomotora cortaba los arbustos que habían nacido entre los travesaños que sostenían los raíles que gruñían al paso de la locomotora.

Saltó a la plataforma de la locomotora y se dio cuenta de que allí no había nadie.

El fuego era vivo dentro de la caldera y el vapor recalentado movía bielas y pistones haciendo marchar a la locomotora que arrastraba tras de sí las pocos vagones que llevaba enganchados.

Roig jamás había manipulado una locomotora y tenía sus dudas.

Buscó lo que le pareció que debía ser el freno, una palanca que movió de arriba abajo en noventa grados; pero no hubo resistencia. El freno estaba roto, la locomotora no podía detenerse.

Tomó una cuerda que quedaba cerca de su cabeza y sonó el silbato de vapor mientras la máquina avanzaba barriendo matojos y arbustos.

Con el frenó roto, ignoraba cómo podía detener a la locomotora, por el vagón carbonero retrocedió hasta el vagón-bar donde todos le aguardaban expectantes, interrogándole con la mirada.

—No hay nadie —dijo.

—Peor hubiera sido que te hubieras encontrado a los espectros —rezongó el representante de comercio.

—¿Qué espectros? —preguntó Tani.

—Los que vio Ninova.

—Sólo fue una alucinación.

El representante de comercio miró a Roig y éste suspiró antes de contar;

—Los espectros están en sus ataúdes.

—No es posible —exclamó Tani.

—¿Espectros? —inquirió María.

Hortensie había vivido muda siempre al lado de su madre y ahora, faltando ella, ya era incapaz de hablar salvo frases cortas.

—No lo hemos contado para no producir más miedo —puntualizó Ismael.

Roig prosiguió:

—Hemos abierto los ataúdes y tres de ellos contienen unos espectros o momias, no sé lo que son.

—Pero hay cuatro, ¿no? —observó Tani.

—Si. El cuarto contiene el cadáver de un hombre extraño vestido de frac, parece de muerte muy reciente.

—Tan reciente que parece vivo —objetó Ismael.

El tren sufría fuertes vaivenes y sacudidas. Había ocasiones en que la locomotora tenía dificultades para avanzar debido a los gruesos arbustos y algunos jóvenes árboles que habían nacido y crecido en la vía.

Había momentos en que parecía que fuera a descarrilar.

—¿No podríamos detener la locomotora? —preguntó Ismael.

—El freno está roto.

—Pero ¿cómo ha podido ponerse en marcha sin que nos diéramos cuenta? —se preguntó Ismael.

Tani inquirió:

—¿Se puede desenganchar la locomotora?

—Es posible, no he visto las cadenas de enganche, pero existe la posibilidad; sin embargo, si desengancháramos los vagones, correríamos el riesgo de que éstos empezaran a retroceder en descenso, pues la vía hace pendiente.

—Estos vagones nuevos tienen frenos —le observó Ismael.

—Es cierto, podríamos ver si funcionan —propaso Roig.

—Y si funcionan, ¿crees que podremos detener la locomotora? —preguntó Tani mirando a Roig, buscando sus ojos.

—Es una posibilidad.

—Pues, pongamos en marcha esa posibilidad.

Roig aceptó:

—De acuerdo. Tú, Tani, vente conmigo: usted, Ismael, vaya con María y Hortensie, no se separen. Esos espectros, zombies o lo que sea, han de ser culpables de que el tren se haya puesto en marcha. Podemos ser atacados, poseen fuerzas extrañas que nosotros desconocemos.

—Vamos —dijo Tani, con una tenue esperanza de escapar a la trampa en que se hallaban metidos.

CAPÍTULO XIII

El freno mecánico de los vagones, tanto el del bar como el de las literas, consistía en una rueda de setenta centímetros de diámetro que había que girar con fuerza y así comenzó a hacerlo Roig.

Tani estaba a su lado mientras la locomotora avanzaba hacia lo desconocido, pues ignoraban adonde conducía aquella vía inutilizada, aquellos railes abandonados entre los cuales había florecido la vegetación; lo más lógico era esperar que terminara descarrilando

Ismael, el representante de comercio, pudo oír el chirriar de las ruedas que se negaban a avanzar.

—Debe ser el freno de Roig. Yo no puedo más, ayudadme —pidió. Sus años, su debilidad, le impedían llegar al fondo del freno.

Hortensie y María, junto con él, pusieron sus manos en la rueda y los tres comenzaron a hacerla girar hasta que los chirridos de ambos vagones fueron espeluznantes. Saltaron chispas, las ruedas ardían y la locomotora resoplaba, patinándole las ruedas sobre los raíles.

—¡Se detiene, se detiene! —gritó Tani.

Efectivamente; la locomotora, aunque no se detenía, no podía avanzar.

Las ruedas de los vagones estaban frenadas y la vieja máquina era incapaz de arrastrarlos, pero nadie detenía su caldera que seguía produciendo vapor.

La válvula de seguridad, por vieja y oxidada, debía estar atascada, porque se produjo una violenta explosión y ruedas, bielas y pistones dejaron de moverse mientras se elevaba hasta el cielo una columna de vapor y parte de la caldera aparecía abierta, destrozada.

—¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido! —saltaba Tani con alegría, abrazándose a Roig.

Este la sujetó por la cintura y estrechándola contra si, la besó en la boca.

Tani dejó de saltar y se entregó a la caricia con avidez, devorando aquel beso.

Ismael, seguido de Hortensie y María, irrumpió en el vagón-bar.

—Si llegamos a estar en la locomotora, morimos todos —dijo.

—Sí, el vapor ha envuelto la locomotora e incluso ha llegado hasta las ventanas del vagón bar —asintió Roig que te nía a Tani junto a sí, con el rostro lleno de vida, una Tani vital que no cesaba de mirarle—. De momento, la locomotora no nos llevará hacia un lugar

desconocido como puede ser el fondo de un barranco —añadió.

—Menos mal, pero ahora ¿qué haremos? —preguntó María.

—No lo sé —reconoció Roig—. Quizá lo mejor sea tomar el farol y retroceder hacia el túnel que vimos Tani y yo. Al otro lado puede estar nuestro mundo, nuestra civilización.

—¡Eh, mirad, un caserón! —exclamó Tani casi con un grito, mirando a través de las ventanas ya limpias de vapor.

—Los muertos —silabeó de pronto Ismael, como ahogándose.

Por un camino que conducía al siniestro caserón que se levantaba entre los robles sin hojas, había cuatro figuras, tres vestidas con túnicas pardo blancuzcas y el cuarto hombre con frac.

—Roig, Roig... ¿De verdad son los muertos? —preguntó Tani.

—Sí, son los que estaban en los ataúdes.

—Ya te dije que parecía que podían levantarse y que no son momias, son zombies —mascculló Ismael.

María, estremecida, preguntó:

—¿Qué hacemos?

—No sé; ellos tienen la culpa de que nos hallemos aquí —gruñó Roig.

—Lo que sí es cierto —observó Ismael mirándoles a través de la ventana— es que no necesitan que sea de noche para salir de sus ataúdes.

—¡Yo no creo en los muertos, no creo, no creo! —gritó Hortensie.

—Ni yo tampoco —le dijo Roig—. Podían estar vivos.

—¿Vivos? —repitió Ismael—. Los tres que siguen al de frac no tienen ojos, sin embargo, parecen ver.

—¡No quiero verlos, no quiero verlos! —gritaba Hortensie que la mayor parte del tiempo había permanecido callada—. ¡Son horribles, horribles!

—Asesinas... Quizá ese caserón sea su morada y ahora regresen a ella —opinó María.

—Roig, no cuentes conmigo para ir allá.

Aquellos extraños zombies, que nada habían dicho y de los que nada sabían, después de permanecer unos instantes mirando hacia el tren como si pudieran ver los ojos de los que se refugiaban en su interior, volvieron sus cabezas y prosiguieron el camino hacia el destartalado caserón.

—Si ese caserón es su casa, yo lo quemaré —juró Roig.

Ismael rezongó:

—No cuentes conmigo para ir a ese caserón, muchacho.

—No sé cuándo pero lo quemaré. Esos muertos vivientes son malignos, esparcen la muerte en su derredor.

—Será mejor irnos lejos —propuso Tani.

María opinó:

—Quedarnos aquí es quedarnos a su merced, no tenemos forma de escapar.

—El reverendo, mi esposo, estaba equivocado; no es Satán, pero sí son esos muertos vivientes. No sabemos quiénes son, pero ellos han conseguido retomar a su morada y nada podemos contra ellos. Lo mejor es huir, huir lo antes posible. Ha habido demasiadas muertes para que no decidamos marcharnos de aquí inmediatamente.

—Quedarnos aquí es esperar a la muerte —asintió Ismael.

—No sé si iremos hacia la muerte o no, pero nos pondremos en marcha. Cogeremos unas botellas con agua y también con whisky o coñac, lo que quede. Que cada uno de nosotros lome una manta por si hay que dormir por ahí. Tomaremos el farol y emprenderemos la marcha.

No esperaron. Roig miró hacia la locomotora destrozada. Tomó la pala y cargó con ella para utilizarla como arma si eran atacados. Después, se reunieron todos detrás del furgón de cola.

—Un momento —pidió Roig.

Todos miraron hacia el furgón amarillo.

—Deja a los muertas en paz, muchacho —le recomendó el viejo Ismael.

Roig no contestó.

Metió la cabeza en el furgón y miró los ataúdes, estaban vacíos.

De súbito, una figura humana cayó junto a él, sobresaltándole. Era la señora Hanshell que en las sacudidas del tren había quedado en una mala postura y acababa de perder el equilibrio.

Hortensie, al ver caer la mano fuera del vagón, comenzó a gritar.

—Tranquilízate, muchacha, no es nada —le dijo Ismael, pero Hortensie gritaba y gritaba.

Roig fue hacia ella, destapó la botella de whisky y le metió el gollete en la boca, pues la mujer no parecía ver nada, tenía los ojos como extraviados.

Tal como esperaba Roig. Hortensie dejó de gritar, se atragantó, tosió y escupió la bebida.

—Ya podemos echar a andar y menos mal que es pendiente abajo.

Ismael, ya caminando, comentó:

—Menos mal que los vagones modernos son grandes y pesados. Los frenos han impedido que sus ruedas giraran y la vieja locomotora no ha podido arrastrarlos con las ruedas frenadas y ha reventado.

—Quizá no hubiéramos ido mucho más lejos —opinó Roig—. Después de todo, esos muertos vivientes habían llegado ya a su morada, era su final de trayecto.

—Pero, ¿quién nos asegura que la vía no termina en un

barranco? —preguntó Ismael.

—Hubiera sido más que trágico, no se hubiese salvado nadie.

—Aún quedamos cinco. ¿Cuántos seremos al anochecer? —se preguntó María.

Caminaron por entre los raíles, de forma muy incómoda. Allí estaban los matorrales, los arbustos destrozados por la locomotora que los había segado a su paso, unos arbustos bien enraizados entre los travesaños y que probablemente volverían a crecer con nuevo brío en cuanto llegara la primavera.

Llegaron a donde la vía coronaba la escarpada montaña. El precipicio quedaba a su izquierda; a la derecha, la montaña también escarpada, cortada a pico.

Hortensie, siempre protegida por su madre, sin tener que tomar decisiones jamás, puso los ojos en blanco al ver el precipicio. María se estremeció.

—No os preocupéis. El espacio entre los raíles es ancho, no hay peligro —les dijo Roig.

Mas él sabía que si existía peligro y no precisamente en el abismo, sino en la parte alta, completamente rocosa.

Si se desprendían las piedras, no podrían escapar al alud, las rocas caerían sobre ellos.

¿Podrían aquellos malditos muertos vivientes hacer que las rocas se desprendieran desde lo alto para aplastarles?

A Roig todo aquello le parecía inconcebible, pero ya se había acostumbrado a lo ilógico, a lo fantástico, a la presencia de unos muertos vivientes.

Mientras las mujeres miraban hacia el precipicio, como si las aguas gélidas y espumeantes a causa de las rocas contra las que chocaban tuvieran un efecto hipnótico sobre ellos, Roig miraba hacia arriba cuando Tani casi gritó:

—¡El túnel, el túnel!

CAPÍTULO XIV

El túnel aparecía ante ellos con su boca negra, siniestra. Habían llegado a él sin que ninguna roca se desprendiera de la montaña.

—Es un túnel estrecho —observó Ismael.

Efectivamente, era un túnel antiguo, un túnel para trenes pequeños donde los vagones modernos debían haber pasado muy justo, casi rozando las paredes.

Roig encendió el farol. No tenía ya mucho combustible y apestaba, pero resultó suficiente cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad del túnel.

—Adelante. Al otro lado del túnel puede estar la salvación —dijo Tani, adelantándose.

Hortensie observó con recelo la negrura del túnel, pero el temor a quedarse sola le hizo avanzar junto a los demás.

—No se ve la salida —observó el representante de comercio.

—Quién sabe si hay curvas dentro del túnel —contestó Roig.

—Esta clase de túneles, a lo sumo, tienen una curva; no suelen hacer eses salvo que el ingeniero proyectista estuviera borracho.

Dejaron de ver la entrada que por unos instantes quedó como un punto luminoso en la distancia, un punto que desapareció.

Los ruidos se amplificaban dentro del túnel, las voces hallaban ecos y en algunos lugares había una verdadera lluvia de agua, pues los lechos tenían filtraciones.

—No es conveniente mojarse; hay que cubrirse con las mantas y caminar pegados a las paredes —propuso Roig.

Siguieron avanzando, con la débil luz por delante.

El camino comenzó a hacerse largo, fatigoso.

Hortensie y María tropezaban muy a menudo y se oían sus quejidos pero la marcha seguía sin detenerse. Nadie quería quedarse allí en el túnel, todos ansiaban llegar a la otra salida y buscaban con verdadera obsesión el punto luminoso.

María vaticinó;

—Este túnel conducirá al infierno.

—Roig, muchacho, ¿cuánto crees que habremos caminado?

—No lo sé, tres o cuatro kilómetros.

—¿Tan poco? —se asombró Tani.

—Cuando el trayecto es difícil como éste, el camino parece mucho más largo. Un kilómetro parecen diez.

—¿Y si no hay salida? —se preguntó María en voz alta.

—¿Cómo no va haberla, si pasan los raíles? —gruñó Ismael.

—No lo sé. Puede haberse derrumbado el techo, este techo que chorrea agua. Yo no me fío.

—No quiero morir, no quiero morir —gimió Hortensie que avanzaba tambaleándose, hasta tal punto que cayó.

Tani la ayudó a levantarse.

—Sigamos.

—Encontraremos pronto la salida, ya llevamos mucho andando.

—Hay túneles de más de diez kilómetros —objetó María.

—Pues, sólo nos queda el doble de lo que llevamos recorrido —dijo Ismael.

Roig pidió:

—¡Un momento!

—¿Qué pasa? —inquirió Tani.

—Silencio.

Todos quedaron en suspenso, escuchando. Ismael opinó:

—Serán las gotas de agua de las filtraciones que producen ruido al caer. En el túnel todo encuentra eco.

—Yo diría que algo se acerca.

—¿Algo? —preguntó Tani.

—Un tren.

—¡Mamá, mamá! —comenzó a gritar Hortensie. Tenía los nervios rotas y ya era incapaz de recordar que su madre se hallaba muerta en el furgón de mercancías.

—Silencio, por favor —pidió Roig, arrodillándose y pegando su oído a la vía.

Tani, nerviosa, le preguntó:

—¿Qué es?

—Un tren.

—¿Un tren? —repitió Ismael, mirando hacia las paredes.

—Un tren y se acerca a buena velocidad.

—¿Por dónde?

A la pregunta de María. Roig dijo:

—No lo sé: también pudiera tratarse de los vagones que hemos dejado.

—Imposible —exclamó Ismael—, estaban frenados.

—Pueden haberse soltado los frenos. Se está acercando.

Lo que antes era un rumor, ahora se convertía en fragor que se acercaba.

—Peguémonos contra las paredes o mejor, tendámonos en el suelo —dijo Roig.

Ismael, muy nervioso, dijo:

—Nos va a matar.

El tren, sin luces, avanzaba por la pendiente, ya con una gran

velocidad.

—¡Al suelo! —gritó Roig.

Su voz no fue oída, el fragor era ensordecedor.

Empujó a Tani y se pegaron a la pared y al suelo, tendiéndose en él. El tren pasó junto a ellos con gran estruendo.

—Tani, ¿estás bien?

—Si. ¿Y el farol?

—Se ha roto.

—Dios mío, ahora estaremos a oscuras.

—Seguiremos adelante como ciegos, tanteando las paredes. Se produjo una horrísona explosión. Tani apretó fuerte la mano de Roig, este comprendió y dijo:

—El tren ha encontrado un obstáculo.

—El túnel no tiene salida.

—Puede haberse salido de la vía, sigamos. —Alzó la voz—. Los demás, arriba.

No hubo respuesta.

—No están —dijo Tani, temerosa.

Roig encendió su mechero cuya llamita resultaba más que exigua.

En efecto, no están.

—¿Se los habrá llevado el tren?

—Es lo más probable, esto es tan estrecho… Yo he notado los peldaños y alguna cadena rozándome.

—¿Qué hacemos?

—Si no están, seguir adelante.

Caminaron un par de kilómetros más, siempre a ciegas, cuando Tani dijo:

—Roig. Roig, oigo ruidos.

—Sí, yo también.

—¿Será otro tren?

—No, oigo golpes y un martillo neumático.

—¿Qué será?

—No lo sé.

—*¡Socorroooo,* auxilioooo!

Un potente foco les iluminó desde lejos, muy lejos, y la pareja corrió hacia él.

* * *

Roig conducía el *jeep* que había tomado en alquiler. Iba cargado con varios bidones de plástico. Junto a él viajaba Tani. El paisaje era agreste y los árboles estaban llenos de follaje. Lucia un esplendido sol

de verano.

—No se nos había ocurrido ni imaginarlo. Todo el tren estaba destrozado dentro del túnel... Los tres vagones malditos y el resto del convoy que partió de la ciudad, todo —comentó Tani.

—Sí, todo convertido en un amasijo de hierros, chatarra y cadáveres. Un accidente ferroviario dentro de un túnel es una catástrofe terriblemente sangrienta.

—Nosotros nos salvamos, pero nadie creyó nuestra historia.

—En efecto, nadie la creyó. Nos metieron en una clínica psiquiátrica a ti y a mí: dijeron que habíamos sufrido alucinaciones, que todo lo que contábamos no había sucedido. Que Ismael y Marie y Hortensie habían muerto en el choque, lo mismo que los demás que iban con nosotros. Que los dos nos habíamos salvado porque debimos salir disparados por alguna ventanilla o puerta mal cerrada, pero que sufrimos un *shock* emocional. Para los psiquiatras, el tiempo que vivimos con los espectros no existió, fue como una pesadilla. Aceptaron que había otro túnel pero fuera de servicio, pues hace varias décadas fue utilizado por un ferrocarril que ascendía por las montañas. Según los médicos, debimos perdernos entre los túneles tratando de salvarnos.

—Pero, ¿y el choque de los tres vagones dentro del túnel, que debió producirse cuando los equipos de rescate estaban allí dentro?

—No lo sé, no hay explicación y es inútil buscarla. *Es* como si hubiéramos estado en otra dimensión, en un espacio sin tiempo, en la antesala del infierno, quizá. Todas las muertes han sido calificadas de accidente ferroviario. Después de todo, los vagones quedaron destrozados y empotrados los unos en los otros y los restos humanos, desperdigados. Seguramente habrá ataúdes que contendrán restos de distintas personas, mezclados.

—Que horrible. —Tani permaneció un poco en silencio, miró el cielo azul y preguntó después—: ¿Crees que todo fue una pesadilla de horror mientras vagábamos por los túneles tratando de escapar al accidente ferroviario que sufrió el convoy completo y que provocó derrumbes, incluso de los techos?

—¿Una alucinación? Mira sobre aquella montana...

—¡El caserón de los muertos vivientes!

Roig introdujo el *jeep* por el camino estrecho y abrupto. Ascendió haciendo roncar el motor y al fin llegaron ante el siniestro caserón.

—No irás a entrar ahí, ¿verdad? —Tani se estremeció.

—Se que jamás conseguiría hallar una explicación a lo sucedido, pero juré que lo quemaría.

Tomando los bidones de plástico cargados de gasolina, rodeó el caserón sin entrar en él.

Mojó las ventanas medio destruidas, las puertas. Echó un fósforo

después de encender un cigarrillo y el carburante prendió inmediatamente.

A los pocos instantes, el siniestro caserón ardía por los cuatro costados, elevándose hacia el cielo un espeso humo negro.

—Arderá hasta los cimientos, hay mucha madera seca ahí.

—Roig, ¿quiénes eran esas muertas?

—Investigué en los registros de propiedad y en las defunciones. Hace casi veinte años vivió aquí el doctor Holland» decían de él que tenía extraños poderes, capaces de hacer resucitar a los muertos pero que se volvió loco y un buen día desapareció, claro que las gentes de la aldea también desaparecieron y ya no queda aquí nadie para contar la historia del doctor Holland que debió haber muerto hace más de medio siglo.

—Roig, ¿no oyes algo?

—¿El qué?

—Parece un lamento, un largo aullido humano.

El joven le pasó el brazo por los hombros.

—Será el viento provocado por el calor del incendio. Vámonos.

Montaron en el *jeep* y se alejaron mientras el caserón se consumía.

Los lamentos se hubieran podido oír ahora con mayor claridad, mas ya no había nadie cerca para escucharles.

FIN





Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.